

Billy Budd

Herman Melville

Billy Budd, marinero
(un relato testimonial)

HERMAN MELVILLE

1924

ÍNDICE

I	7
II	15
III	19
IV	22
V	25
VI	27
VII	30
VIII	32
IX	37
X	42
XI	44
XII	48
XIII	50
XIV	53
XV	57
XVI	60
XVII	62
XVIII	65
XIX	74
XX	79
XXI	80
XXII	94
XXIII	96
XXIV	99
XXV	104
XXVI	107
XXVII	109
XXVIII	113
XXIX	115
XXX	117
Billy con los grillos	128

*Dedicado a Jack Chase, Inglés,
donde quiera que se halle hoy ese gran corazón,
ya sea aquí, en la Tierra, o en el Paraíso,
capitán de gavia en el año 1843,
en la fragata norteamericana United States.*

I

En la época anterior a los buques de vapor —o entonces más frecuentemente que ahora—, cualquiera que vagabundeara por las dársenas de algún puerto importante vería atraída su atención hacia un grupo de marineros bronceados, tripulantes de buques de guerra o mercantes, endomingados y de franco en tierra. A veces estarían flanqueando —o bien, casi rodeando por completo, como un cuerpo de guardia— a alguna figura superior de su propia clase que les acompañaría como Aldebarán entre las estrellas menos importantes de su constelación. Este singular personaje era El Marinero Apuesto, producto de un tiempo menos prosaico que las naves militares o mercantes. Sin rasgo alguno de vanagloria, más bien con esa fácil condescendencia que da una realeza natural, parecía aceptar el homenaje espontáneo de sus camaradas.

Un ejemplo en cierto modo extraordinario recurre a mí. En Liverpool, hace ya medio siglo, vi, a la sombra del grande y sucio paredón de la Dársena del Príncipe (un obstáculo desaparecido hace ya mucho), a un marinero común y corriente, tan intensamente negro que seguramente debió haber sido africano nativo de no mezclada sangre Ham, y de físico tan bien proporcionado como de estatura muy por encima de lo normal. Lucía un pañuelo de seda de vivos colores flojamente anudado al cuello, cuyos dos extremos bailaban sobre su magnífico pecho de ébano; las orejas, adornadas con enormes aretes de oro, y una boina de montañés irlandés se posaba sobre su bien formada cabeza. Era un tórrido mediodía de julio, y su rostro lustroso de transpiración brillaba con un buen humor casi salvaje. Se paseaba de izquierda a derecha, con sus blancos dientes relucientes, en medio de un grupo de compañeros. Estos eran de constituciones tan variadas y provenían de tribus tan diversas que bien les hubiera calzado ir encabezados por Anarchasis Cloots al estrado de la primera Asamblea Francesa como Representantes de la Raza Humana. A cada tributo espontáneo rendido por los transeúntes a esta

especie de pagoda negra —el tributo de una detención y una ojeada, y, menos frecuentemente, de una exclamación—, este séquito tan variado demostraba sentir la misma clase de orgullo que, sin duda, los sacerdotes asirios habrían sentido cuando los fieles se postraban ante su gran Toro esculpido.

Prosigo. Si en algunas ocasiones parecía un poquito un Murat náutico en la manera como se plantaba en tierra, el Marinero Apuesto de la época en cuestión no evidenciaba ninguna de las características de petimetre de Billy El Maldito, un personaje divertido totalmente extinguido en la actualidad, pero que ocasionalmente se encuentra y de alguna manera aun más gracioso que el original, en la caña del timón de algunas embarcaciones en el tempestuoso Canal Erie o, más probablemente, fanfarroneando en las tabernas de mala muerte a lo largo del camino de sirga. Invariablemente experto en su peligroso oficio, tenía además algo de vigoroso boxeador o luchador. Era fuerza y belleza. Se referían historias de sus proezas. En tierra era el campeón; a bordo el que llevaba la voz cantante. En toda ocasión, siempre el mejor. Si era preciso arrizar las gavias en plena tormenta, allí estaba él, a horcajadas en la punta de la verga, el pie en el “caballo flamenco”, como en un estribo, agarrando con ambas manos la orejera como si fuese una brida, en una actitud muy similar a la del joven Alejandro domando al feroz Bucéfalo. Una figura soberbia, como echada a cara o cruz por los cuernos de Tauro en medio del cielo tempestuoso, que llama jovialmente a gritos a la vigorosa fila a lo largo del palo.

Rara vez la naturaleza moral no concordaba con la apariencia física. En verdad, sólo un igual a él habría podido concertar (el donaire, la fuerza, siempre tan atractivos en la perfección masculina) esa especie de sincero homenaje que El Marinero Apuesto recibía en algunas ocasiones de sus compañeros menos dotados.

Así de atrayente, al menos en cuanto a aspecto y también en parte en cuanto a carácter (aunque con algunas variantes que quedarán de manifiesto a medida que esta historia prosi-

ga), era Billy Budd, el de los ojos color del firmamento, o Baby Budd, como finalmente y de modo más familiar se le llegó a llamar, en circunstancias que se darán a medida que avance este relato. Era un muchacho de veintiún años, marinero encargado de la cofa de trinquete en un barco de la flota británica a fines de la última década del siglo XVIII. No hacía mucho tiempo, en relación a la época de esta narración, que había ingresado al servicio del Rey. Había sido trasbordado en los Canales Ingleses e Irlandeses de un buque mercante inglés con destino a la patria a un buque de guerra de setenta y cuatro cañones, el Bellipotent, barco de Su Majestad, rumbo a alta mar. Dicho buque, cosa no poco frecuente en aquellos días, había sido obligado a echarse a la mar sin la dotación correspondiente. Interesándose en Billy a simple vista, el oficial de reclutamiento, teniente Radcliffe, casi se había abalanzado sobre él al verlo en la pasarela, aun mucho antes de que la tripulación del buque mercante estuviese formalmente alineada en el alcázar para su detenida inspección, Y a él, sólo a él lo eligió. Acaso fue porque al formarse ante él los otros hombres se veían desmejorados en comparación con Billy, o quizá tuvo algunos escrúpulos, en razón de que el mercante estaba también escaso de tripulantes; la cosa es que el oficial se contentó con su primera elección espontánea. Para sorpresa de la tripulación del barco y mucho más para satisfacción del teniente, Billy no hizo reparo alguno. Claro que cualquier objeción hubiese tenido el mismo sentido que la protesta de una carpa dorada metida de sopetón en una pecera.

Notando esta impasible conformidad (de ningún modo alegre, se podría decir), el capitán del buque mercante le echó al marinero una mirada sorprendida de silencioso reproche. Este capitán era uno de esos valiosos mortales que se encuentran en todo tipo de profesiones, aun en las más humildes; esa clase de persona a la cual todo el mundo está de acuerdo en llamar “un hombre respetable”. Y, no tan extraño de contar como pareciera, a pesar de ser un lobo de mar en turbulentas aguas y de haber luchado toda su vida contra los ingoberna-

bles elementos, no había nada que este alma honrada amara más, en el fondo de su corazón, que la paz y tranquilidad. En lo que a otras cosas respecta, era un cincuentón, más bien corpulento, con rostro atractivo de agradable color, y sin patillas. Una cara más bien rellena, de expresión humanamente inteligente. En un día hermoso, con el viento preciso y con todo marchando bien, una especie de timbre musical en su voz parecía ser la expresión más auténtica de su intimidad. Era de extraordinaria prudencia y conciencia, y había momentos en que estas virtudes eran la causa de su excesiva inquietud. En cada viaje, siempre que la tripulación se hallaba en tierra, el capitán Gravelin no pegaba un ojo. Tomaba demasiado a pecho todas esas serias responsabilidades no tan seriamente asumidas por otros colegas suyos.

Mientras Billy bajaba a su camarote de proa por su equipaje, el teniente del Bellipotent, jovial y fanfarrón, y de ningún modo desconcertado por la omisión del capitán Gravelin de ofrecerle la acostumbrada hospitalidad (omisión causada simplemente por las preocupaciones), se introdujo sin ninguna ceremonia en la cabina del capitán y del mismo modo se invitó con una botella de la gaveta de los licores, receptáculo que su ojo experimentado reconoció instantáneamente. En realidad, él era uno de esos lobos de mar a quienes las penalidades y peligros de la vida naval, en esa época de prolongadas guerras, nunca le habían estropeado el instinto natural para el goce de los sentidos. Siempre había cumplido fielmente con su deber, pero ese deber es, a veces, como un terreno seco, y él era de la opinión de que había que regar su aridez, siempre que fuese posible, con una fertilizante decocción de aguardientes. Al propietario de la cabina no le quedaba más alternativa que jugar el papel de anfitrión a la fuerza, poniéndole al mal tiempo buena cara. Como auxiliares necesarios de la botella, colocó silenciosamente un vaso y una jarra de agua ante su forzosamente invitado. Se excusó, sin embargo, de participar, y con cierta tristeza observó cómo el desenfadado oficial diluía el trago y luego se lo echaba al colete de tres sorbos, dejando a

un lado el vaso vacío, pero a una distancia prudencial, mientras se instalaba cómodamente en un asiento, y chasqueaba los labios con evidente satisfacción, mirando de frente a su anfitrión.

Cuando esto hubo concluido, el capitán rompió el silencio, y en el tono de su voz había un oculto reproche:

—Teniente, va a quitarme al mejor de mis hombres, a la joya.

—Sí, lo sé —repuso el otro, retomando el vaso para volver a llenarlo—. Sí, lo sé. Lo siento.

—Discúlpeme, pero usted no entiende, teniente. Escuche esto. Antes de que yo embarcase a ese joven, mi castillo de proa era un nido de peleas. Créame, a bordo del Derechos las veíamos negras. Estaba tan terriblemente preocupado, al punto de que fumar mi pipa ya no era ninguna satisfacción para mí. Pero llegó Billy y fue como un cura católico trayendo la paz a una pelea entre irlandeses. No es que les haya predicado, haya dicho o hecho algo especial, pero una cierta virtud parecía emanar de él, endulzando a los tipos más agrios. Los atrajo como la miel a la abeja; sólo uno se resistió, el matón del grupo, un grandote patilludo y pelirrojo. Quizás por envidia al recién llegado y pensando que ese “jovencito dulce y amable”, como burlonamente lo bautizó ante los demás, difícilmente tendría las agallas para hacerle frente, se propuso medirse con él. Billy le tuvo paciencia e intentó hacerlo entrar en razón con suavidad (él es un poco como yo, teniente, que detesto las disputas), pero no sirvió de nada. Así que un día, en la segunda guardia, Patillas Rojas, en presencia de los demás y con el pretexto de enseñarle a Billy de dónde se saca una tajada de lomo (anteriormente había sido carnicero), le lanzó alevosamente un cuchillazo bajo las costillas. Como un relámpago, Billy alargó el brazo. Me atrevo a decir que no tenía la intención de hacer lo que hizo, pero de cualquier manera le dio una feroz paliza al estúpido fanfarrón. Le tomó medio minuto, no más, creo yo. Y la pura verdad es que el patán ese se quedó asombrado, paralizado ante tanta rapidez. Y créalo,

teniente, Patillas Rojas ahora realmente quiere a Billy o es el más redomado hipócrita que jamás haya conocido. Pero todos lo quieren. Algunos le lavan la ropa, remiendan sus viejos pantalones; el carpintero del buque, en sus ratos libres, le está haciendo un pequeño y hermoso cofre. Todos harían cualquier cosa por Billy Budd, y somos como una familia feliz todos aquí. Pero ahora, teniente, si ese joven se nos va, yo sé lo que va a pasar a bordo del Derechos. Muy pronto ya no podré volver a reclinar-me en el cabrestante a fumar mi pipa después de cenar. Sí, creo que muy pronto. ¡Ay, teniente, se va usted a llevar la joya; va usted a quitarme a mi pacificador!-. Y al decir esto aquella buena alma tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reprimir el sollozo.

—Bueno, bueno —dijo el teniente, quien había estado escuchando con divertido interés y ahora estaba achispándose con la bebida—, benditos sean los pacificadores, especialmente aquellos que luchan, como esas setenta y cuatro bellezas, algunas de las cuales usted ve ahí sacando las narices por las troneras de ese buque de guerra que está aguardándome —dijo, señalando al Bellipotent a través del ojo de buey de la cabina—. Pero, valor; no se descorazone tanto, hombre. De antemano le aseguro la aprobación del Rey. Tenga por cierto que Su Majestad estará encantado de saber que en una época en que los marineros no abundan como deberían, una época en que los capitanes toman a mal incluso que se les tome prestado uno o dos miembros de su dotación, Su Majestad, le digo, estará encantado de saber que un capitán, al menos, es capaz de ceder alegremente al Rey la flor de su rebaño, un marinero que con idéntica lealtad no muestra ninguna oposición. Pero..., ¿dónde está mi tesoro? ¡Ah! —dijo, mirando por la puerta abierta de la cabina—. Aquí viene, por Júpiter, arrastrando su equipaje. ¡Apolo con su portamanteo, muchacho!— y dando un paso hacia él. No puedes llevar ese enorme baúl a bordo de un buque de guerra. La mayoría de nuestros cajones son para las municiones. Pon tus pertenencias en un saco, muchachito.

Botas y silla de montar para los de caballería; bolsa y hamaca para los marinos de guerra.

Se cumplieron sus órdenes. Una vez que vio a su hombre en la balandra, siguiéndolo, el oficial abandonó el Derechos del Hombre. Ese era el nombre del buque mercante, aunque su capitán y la tripulación lo habían abreviado, como era usual entre los marinos, y lo llamaban sólo el Derechos. El tozudo propietario, originario de Dundee, era un firme admirador de Thomas Paine, cuyo libro en respuesta al de Burke, contrario a la Revolución Francesa, había sido publicado y difundido en todas partes. Al bautizar su barco con el título del libro de Paine, el hombre de Dundee se había asemejado a otro naviero contemporáneo, Stephen Girard de Filadelfia cuyas simpatías por su tierra natal y sus filósofos liberales habían quedado de manifiesto en los nombres de sus barcos: Voltaire, Diderot, etc.

Pero fue en el momento en que la balandra pasaba bajo la popa del barco mercante y el oficial y la tripulación notaban –algunos con amargura y otros con una sonrisa irónica– el nombre pintado allí, cuando el nuevo recluta saltó del lugar donde el timonel lo había hecho sentarse y agitando su sombrero a sus silenciosos compañeros que lo miraban con tristeza desde el coronamiento, les ofrendó una cordial despedida. Luego, como saludando al barco mismo, dijo: “Y adiós también a ti, viejo Derechos del Hombre”.

–Síntese, señor –bramó el teniente, asumiendo instantáneamente todo el rigor de su rango, aunque reprimiendo con dificultad una sonrisa.

Desde luego, lo hecho por Billy fue una tremenda infracción al decoro naval. Pero él nunca había sido educado en ese decoro, por lo que, teniendo en cuenta esto, el teniente difícilmente hubiera sido tan enérgico en su desaprobación, de no mediar la despedida final al barco. Esto lo tomó como una manera solapada de expresar el ingenio por parte del nuevo recluta, como un velado reproche a la leva forzosa en general y a la suya en particular. Y sin embargo, probablemente, si al-

go hubo de satírico no fue deliberado, ya que Billy, aunque felizmente dotado de una alegría saludable, joven y de un corazón libre, no tenía esa facultad. Carecía de ella así como también de esa siniestra habilidad requerida para la sátira. Los dobles sentidos, así como las insinuaciones de todo tipo, eran totalmente ajenos a su carácter.

En lo que a su alistamiento forzado se refiere, parecía tomarlo casi del mismo modo con que afrontaba los cambios de tiempo. Sin ser un filósofo, y sin saberlo, como los animales, era prácticamente un fatalista. Y es posible que más bien haya disfrutado de este aventurero cambio en su destino, que prometía estar lleno de originales lugares y agitaciones bélicas.

A bordo del *Bellipotent* nuestro marinero mercante fue inmediatamente catalogado como hombre capaz y se le asignó la vigilancia de estribor desde la cofa del trinquete. Pronto se sintió como en casa en el nuevo servicio y a todos les gustó por su sencillez y esa especie de aire feliz y cordial. No había en su rancho tipo más feliz, lo que contrastaba notablemente con otros individuos que, como él, habían sido incorporados a la dotación del barco mediante la leva forzada. Estos, cuando no estaban activamente ocupados, más particularmente en la última guardia, cuando la caída del crepúsculo induce al ensueño, tendían a hundirse en una especie de tristeza que en algunos tenía algo de melancolía. Claro que no eran tan jóvenes como nuestro encargado de la cofa de trinquete, y no pocos de ellos debían haber dejado esposas e hijos, muy probablemente, en circunstancias inciertas, y casi todos debían contar con parientes y amigos. Billy, en cambio, como veremos más adelante, no tenía más familia que a sí mismo.

II

Aunque nuestro recién nombrado, encargado de la cofa de trinquete, fue bien recibido en su puesto y en las cubiertas de batería, jamás llegó a ser allí el centro de miradas que había sido entre la tripulación de esos barcos mercantes menores que hasta entonces había conocido.

Era joven, y a pesar de su físico tan bien desarrollado, aparentaba menos edad de la que realmente tenía, debido a una expresión persistentemente adolescente en el rostro todavía terso, de una pureza casi femenina, si bien gracias a la vida de mar la blancura del lirio había desaparecido completamente y lo sonrosado debía esforzarse por aflorar a través del tostado.

A alguien tan esencialmente novato en las complejidades de una vida artificiosa, la brusca transición de una esfera social tan sencilla, como había sido la anterior, a una más amplia y mundana, como era el mundo de un gran buque de guerra, podría haberlo confundido, si hubiese habido en ese espíritu la menor presunción o vanidad. Entre su abigarrada tripulación, el Bellipotent congregaba varios individuos que, por inferior que fuera su graduación, eran de características poco comunes. Marineros notablemente más receptivos a adquirir ese aire que la disciplina militar constante y la repetida presencia en la batalla pueden impartir, hasta cierto punto, aun al hombre más común. En cuanto a la posición de Billy Budd como “Marinero Apuesto” a bordo del buque de guerra, era de algún modo análoga a la de una belleza rústica trasplantada de alguna provincia para competir con las damas de alta alcurnia de la corte. Pero él casi no advirtió este cambio de circunstancias. Apenas si observó que algo acerca de él provocaba sonrisas ambiguas en uno o dos de los más serios entre los uniformados. Tampoco fue muy consciente del efecto peculiarmente favorable que su persona y su comportamiento habían tenido sobre los caballeros más inteligentes del alcázar. No

podía ser de otro modo. Hecho a la manera peculiar de esos finos ejemplares de ingleses en quienes la estirpe sajona no parecía hallarse mezclada con sangre normanda o de ninguna otra clase, mostraba en su rostro esa expresión de bondad tan humana que los escultores griegos conferirían algunas veces a Hércules, el más heroico y fuerte de sus hombres. Pero esto a su vez estaba sutilmente modificado por otra cualidad penetrante. Las orejas, pequeñas y perfectas, el arco del pie, la curva de la boca y de los orificios nasales, incluso la callosa mano teñida de un naranja oscuro como el pico del Tucán, que hablaba de drizas y cubos de alquitrán, pero, sobre todo, algo en esa cambiante expresión, en cada actitud casual y en cada movimiento, algo que sugería una madre evidentemente favorecida por el Amor y las Gracias, todo esto hablaba de un linaje en contradicción directa con su destino. El misterio se hizo menos misterioso debido a un hecho que acaeció cuando Billy fue formalmente consignado al servicio en el cabrestante. Al preguntarle el oficial, caballero de corta talla y mucho garbo, entre otras cosas, su lugar de nacimiento, él respondió:

—Lo siento, señor; no lo sé.

—¿No sabe dónde nació? ¿Quién era su padre?

—Sólo Dios sabe, señor.

Impactado por la franca sencillez de las respuestas, el oficial le preguntó a renglón seguido:

—¿Sabe algo acerca de su origen?

—No, señor. Sólo sé que una mañana fui encontrado en una hermosa canasta forrada en seda colgando del aldabón de la puerta de un buen hombre, en Bristol.

—¿Encontrado, dice usted? Bueno —respondió, echando la cabeza hacia atrás y mirando al nuevo recluta de arriba abajo—, bueno, resultó ser más bien un buen hallazgo. Espero que encuentren otros como usted, mi muchacho. Nuestra flota los necesita desesperadamente.

Sí, Billy era un expósito, un hijo de nadie pero evidentemente no de sangre innoble. La ascendencia noble era en él tan evidente como en los caballos de raza.

Por lo demás, con poca o casi ninguna perspicacia y sin tener acaso la sabiduría de la serpiente, tampoco la de una paloma, poseía esa clase y ese grado de inteligencia que acompaña aquella rectitud original en la criatura humana íntegra, a quien todavía no se le ha dado a probar la tentadora manzana del conocimiento. Era analfabeto, no sabía leer, pero podía cantar, y como el analfabeto ruseñor era a veces el compositor de sus propias canciones.

Timidez, parecía tener poca o nada, o la que razonablemente podríamos imputarle a un perro San Bernardo. Viviendo habitualmente con los elementos naturales y conociendo de la tierra un poco más que una playa, o, mejor esa porción del globo terráqueo providencialmente hecha para las casas de baile, las mujerzuelas y las cantinas, en síntesis, para lo que un marinero llama “el edén”, su naturaleza simple se mantenía inalterada, totalmente carente de sofisticación, ajena a esas inclinaciones morales que no siempre son incompatibles con esa cosa tan fabricada conocida como respetabilidad. ¿Pero carecen acaso de vicios los marineros, tan frequentadores de esos “edenes”? No; sin embargo, es menos frecuente que en los que viven en tierra el que sus tan mentados vicios formen parte de un corazón malvado y retorcido, pues al parecer provienen, más que de un espíritu vicioso, de una exuberante vitalidad sujeta a prolongado freno; es decir, no son más que manifestaciones francas totalmente acordes con la ley natural. Por su constitución original y por las circunstancias coadyuvantes de su suerte, Billy era en muchos aspectos una especie de bárbaro honorable, quizás a la manera de Adán antes de que la cortesana Serpiente se le insinuase como compañera.

Digamos aquí, aparentemente para corroborar la doctrina de la Caída del hombre, doctrina hoy ignorada por el pueblo, que se observa que cuando ciertas virtudes primitivas y genuinas caracterizan de manera peculiar a alguien en ese uniforme externo de la civilización, se verá, estudiadas con minuciosidad, que parecen no derivar de la costumbre o convención; muy por el contrario es como si, en realidad, hubiesen sido

especialmente transmitidas desde una época anterior a la Ciudad de Caín y al hombre urbano. El carácter marcado por tales cualidades tiene para un paladar virgen el mismo sabor puro de las fresas salvajes, mientras que, para aquel altamente civilizado, aun para un excelente exponente de la raza, ese mismo paladar moral tendrá el sabor dudoso de un vino falsificado. Para cualquier perdido heredero de esas cualidades primitivas, que como Gaspar Hauser, se encuentre vagando aturdido en cualquier capital cristiana de nuestra época, sigue siendo válida aquella famosa invocación del poeta, de hace casi dos mil años, al buen rústico, lejos de sus lares en la Roma de los Césares:

*Honesto y pobre, fiel de palabra y pensamiento,
Oh, Fabio, ¿qué te ha traído a la ciudad?*

Aunque nuestro Marinero Apuesto tenía toda la belleza masculina que podría desearse, sin embargo, como la hermosa mujer de uno de los cuentos menores de Hawthorne, había sólo una cosa en él que desentonaba. En verdad, ningún defecto visible, como en el caso de la dama, sino el riesgo ocasional de una deficiencia vocal. Aunque en momentos de conmoción o peligro era todo lo que un marinero debería ser, sin embargo, la repentina provocación de sus sentimientos más profundos hacía que su voz, por lo demás singularmente musical, como si expresara su armonía interior, tendiera a desarrollar una especie de titubeo orgánico, en verdad, poco menos que un tartamudeo o aun peor. En este sentido Billy era una clara demostración de que el principal entrometido, ese envidioso aguafiestas del Edén, todavía tiene algo que ver en cada uno de esos envíos humanos que se hacen a este planeta Tierra. En cada caso, de una manera u otra, él se asegura de deslizar su pequeña carta como para recordarnos: “Yo también tengo baza en esto”.

El reconocimiento de esta imperfección en el Marinero Apuesto servirá para demostrar no sólo que no es presentado aquí como un héroe convencional sino también que la historia en la cual es el personaje principal no es ficticia.

III

En la época del arbitrario alistamiento de Billy Budd en el *Bellipotent*, éste iba a unirse a la Flota Mediterránea. No transcurrió mucho tiempo sin que ello ocurriera. Como parte de esa flota, el setenta y cuatro cañones participaba en sus movimientos, aunque a veces, tomando en cuenta sus cualidades superiores de navegación, ante la ausencia de fragatas, era despachado en misión separada de reconocimiento u otras, y en servicios menos prolongados. Pero todo esto tiene muy poco que ver con nuestra historia, que se limita a la vida interna de un barco en particular y a la carrera de un marinero en especial.

Era el verano de 1797. En abril de ese año se había producido la revuelta de *Spithead*, seguida en mayo por un segundo –y aun más serio– estallido en la flota en el *Nore*. Este último fue conocido –y sin exageración en el epíteto– como “El Gran Motín”. Fue, en realidad, una demostración más amenazante, para Inglaterra, que los manifiestos contemporáneos, las conquistas y los ejércitos proselitistas del Directorio Francés. Para el Imperio Británico, el Motín del *Nore* fue lo mismo que una huelga de bomberos en un Londres amenazado por un incendio premeditado. Fue una crisis que bien podía haber anticipado al Reino aquel rasgo notable que algunos años después caracterizaría la línea naval de batalla en lo que respecta a lo que Inglaterra esperaba de los ingleses; esa fue la época en que a la punta de los mástiles del barco de tres cubiertas y setenta y cuatro cañones, anclado en su propia rada – una flota que era el brazo derecho de la única potencia por aquel entonces verdaderamente libre del Viejo Mundo–, los marineros, de a miles, levantaban al tope con hurras un pabellón británico al que le habían quitado la cruz y las diagonales; mediante este cercenamiento transmutaban la bandera de la ley bien establecida y la libertad bien definida en el meteoro rojo del enemigo, de una revuelta desenfrenada e ilimitada.

Un descontento razonable, surgido de abusos reales en la flota, habíase encendido en irracional combustión como carbonilla prendida que hubiese atravesado el Canal desde la Francia en llamas.

Aquel acontecimiento convirtió en irónicos, durante algún tiempo, los fogosos versos de Dibdin, autor de canciones que ayudaron no poco al gobierno británico en aquella coyuntura europea; versos que celebraban la devoción patriótica del marinero inglés:

¡En cuanto a mi vida, es el Rey!

Tal episodio en la historia naval de Inglaterra ha sido naturalmente abreviado por los historiadores navales. Uno de ellos, William James, ingenuamente reconoce que lo saltaría si no fuese porque “la imparcialidad prohíbe evitar situaciones fastidiosas”. Sin embargo, la mención que él hace es más una referencia que un relato y tiene muy poco que ver con los detalles. Tampoco éstos se encuentran fácilmente en las bibliotecas. Como otros acontecimientos que recaen indefectiblemente sobre los estados en cualquier época, incluyendo América, “El Gran Motín” fue de tal envergadura que el orgullo nacional y las razones políticas gustosamente lo desterrarían a los más recónditos y oscuros pasajes de la historia. Sin embargo, dichos acontecimientos no pueden ignorarse, sino tratarse históricamente de muy diversa manera. Si un individuo bien constituido no hace ostentación de un mal o calamidad que afecta a su familia, del mismo modo, en circunstancias análogas, puede una nación ser igualmente discreta, sin que por ello haya de reprochárselo.

Si bien luego de las negociaciones entre el gobierno y los cabecillas de la revuelta hubo concesiones hechas por aquél en lo referente a algunos abusos evidentes, el primer levantamiento, el de Spithead, fue reprimido con dificultad aunque, por lo menos, las cosas se tranquilizaron por un tiempo; en el Nore, en cambio, el inesperado rebrote de la insurrección, en una escala considerablemente mayor, y acentuada en las negociaciones que siguieron por demandas que las autoridades

juzgaron no sólo inadmisibles sino agresivamente insolentes, reflejaba –si ya la Bandera Roja no lo hacía lo suficiente– cuál era el espíritu que animaba a esos hombres.

La rebelión fue, no obstante, finalmente sofocada, pero esto quizás sólo fue posible gracias a la incondicional lealtad de los infantes de marina y a la reasunción voluntaria de esa lealtad de parte de sectores influyentes de la tripulación.

Hasta cierto punto el Motín del Nore puede ser considerado análogo, a la irrupción perturbadora de una fiebre contagiosa en un organismo perfectamente sano que consigue luego librarse de ella. En todo caso, entre estos miles de amotinados se hallaban algunos de los marineros que, no mucho tiempo después, sea motivados por su patriotismo, por su espíritu de lucha o por ambos, ayudarían a Nelson a ganar un título nobiliario en el Nilo y la más alta condecoración naval en Trafalgar. Para los amotinados, esas batallas, y especialmente la de Trafalgar, constituyeron la mayor y más plena absoluta, porque en lo que hace a la capacidad de despliegue naval y a la magnificencia heroica, esas batallas, especialmente la de Trafalgar, no tienen parangón en los anales de la historia humana.

IV

En este oficio de escribir, por más resuelto que uno esté a atenerse a la anécdota principal, algunas anécdotas secundarias tienen un atractivo difícil de resistir. Voy a pecar entrando en una de ellas. Si el lector me acompaña me sentiré contento. Al menos, podemos prometernos ese placer que se afirma puede gozarse perversamente al pecar, porque no otra cosa que un pecado literario será esta digresión.

Probablemente no sea ninguna observación nueva el decir que las invenciones de nuestro tiempo han producido, finalmente, un gran cambio en el arte de la guerra naval en un grado equivalente a la revolución que en el arte total de la guerra produjo la introducción original, desde China a Europa de la pólvora. La primer arma de fuego europea, un artefacto mal hecho, fue, como es bien sabido, despreciada por más de un caballero por ser un arma demasiado primitiva, quizá sólo apta para tejedores demasiado acobardados para ponerse de pie y cruzar acero contra acero en lucha franca. Pero así como en tierra el valor caballeresco, aunque despojado de sus blasones, no terminó con los caballeros, en los mares —aunque en la actualidad cierto tipo de despliegue de caballerosidad ha quedado fuera de moda por ser inaplicable en las cambiantes circunstancias— tampoco las más nobles cualidades de potentes navales como Don Juan de Austria, Doria, Van Tromp, Jean Bart, la larga serie de almirantes británicos y el norteamericano Decatur de 1812, se volvieron obsoletas como los cascos de madera.

Sin embargo, a cualquiera capaz de valorar el Presente en su justo término, sin por ello ser despreciativo con el Pasado, se le puede perdonar si para él ese viejo solitario cascarón en Portsmouth, el Victoria de Nelson, parece flotar allí, no sólo como el monumento decadente de una fama incorruptible, sino también como un poético reproche —suavizado por su pintoresquismo— al Monitors y a otros cascos más potentes de

los acorazados europeos. Y no sólo por la fealdad de tales navíos, que inevitablemente carecen de la simetría y majestuosidad de los viejos buques de guerra, sino igualmente por otras razones.

Hay algunos, quizá, que si bien no del todo inaccesibles al aludido reproche poético, pueden, sin embargo, en nombre del nuevo orden, tender a despreciarlo, e incluso llegar a la iconoclasia, si es necesario. Por ejemplo, movidos por la estrella colocada en el alcázar del Victoria para señalar el lugar donde el Gran Marino cayó, aquellos militares utilitarios pueden sugerir consideraciones acerca de que la ornamentada divulgación, por parte de Nelson, de su persona en la batalla no sólo fue innecesaria, poco militar y negativa, sino que estuvo teñida de temeridad y vanidad. Pueden agregar, incluso, que Trafalgar no fue sino un desafío a la muerte, y que la muerte llegó; y que de no ser por su baladronada el victorioso almirante podría quizás haber sobrevivido a la batalla de tal manera que en lugar de que su sagaz orden al morir fuera invalidada por su inmediato sucesor en el mando, él mismo, cuando la contienda se hubiese decidido, podría haber llevado a buen puerto la maltrecha flota, con lo cual se podría haber evitado la pérdida deplorable de tantas vidas por el naufragio en la tempestad natural que siguió a la militar.

Bueno, dejemos ese controvertido punto de sí, por varios motivos, era o no verdaderamente posible llevar la flota a buen puerto, pues lo más probable es que los benthamistas de la guerra insistan en él.

Pero lo que podría haber sido es un terreno muy pantanoso como para construir sobre él. Y ciertamente, en lo que se refiere a las previsiones y ansiosos preparativos para tamaña contienda —como la de colocar boyas en todo ese trayecto mortífero, marcándolas en el mapa, como en Copenhague— pocos comandantes han sido más concienzudamente prudentes que este temerario exhibicionista en combate.

La prudencia personal, aun cuando sea dictada por algo distinto a las egoístas consideraciones personales, no es segu-

ramente una virtud especial en un hombre de armas; pero, en cambio, sí lo es el excesivo amor a la gloria que alimenta un impulso tal vez menos encendido: el honesto sentido del deber. Si el nombre de Wellington no tiene las connotaciones tan heroicas del más simple de Nelson, la razón tal vez se desprenda de lo que hemos dicho. Alfred, en su oda fúnebre al vencedor de Waterloo, no se atreve a llamarlo el más grande soldado de todos los tiempos; pero, en cambio, en la misma oda, invoca a Nelson como “el más grande marino que el mundo haya conocido”.

En Trafalgar, a punto de iniciarse el combate, Nelson se sentó y escribió su última y breve voluntad y testamento. Si bajo el presentimiento de la más magnífica de las victorias que iba a ser coronada con su propia muerte gloriosa, una especie de impulso sacerdotal lo llevó a revestir su persona con los brillantes testimonios de sus propias hazañas; si el adornarse así para el altar y el sacrificio fuera verdaderamente vanagloria, entonces cada línea verdaderamente heroica de los grandes dramas y epopeyas es afectación y estilo altisonante, puesto que en tales líneas el poeta no hace más que incorporar al verso esas exaltaciones de sentimiento de una naturaleza que, como la de Nelson, cuando se presenta la ocasión, cristaliza en actos.

V

Sí, el estallido del Nore fue sofocado, pero no todos los abusos corregidos. Por ejemplo, si se prohibió que los contratistas continuaran con algunas prácticas peculiares a su comunidad en todas partes del mundo, tales como suministrar ropas desastradas, raciones mínimas o inmundas de comida, no por ello se dejó de recurrir, entre otras cosas, a la leva forzosa. Sancionada por una costumbre milenaria, y judicialmente mantenida por un Lord Chancellor, tan antiguo como Mansfield, ese modo de proveer hombres a la armada —que ahora ha caído en una especie de suspenso, pero al que nunca se ha renunciado formalmente— constituía algo poco práctico de suprimir en aquellos días. Su derogación habría desmantelado la indispensable flota; a vela, sin máquina de vapor, sus innumerables velas y cañones, todo, en síntesis, funcionaba sólo a base de músculo. Una flota insaciable en sus demandas de hombres porque, por aquel entonces, estaba multiplicando sus unidades de todo tipo para poder luchar contra las contingencias presentes y futuras en el convulsionado Continente.

El descontento precedió a los Dos Motines y sobrevivió de manera oculta. Por ello no era irracional temer el retorno de alguna revuelta aislada o general. Un ejemplo de esos temores es el siguiente: en el mismo año de esta historia, Nelson, entonces, se hallaba con su flota frente a la costa española y recibió orden de su almirante de trasladar su gallardete desde el *Captain* al *Theseus*, debido a que este último barco había llegado recién a su puesto de servicio desde la patria, en donde había participado en el Gran Motín. El peligro surgía del temperamento de seis hombres y se pensó que un oficial como Nelson era capaz no de forzar a la tripulación a una sumisión vil sino de ganársela por el mérito de su presencia y de su heroica personalidad, reconquistando una lealtad, si bien no tan entusiasta como la suya, por lo menos auténtica.

Es por esto que durante un tiempo la ansiedad reinó en más de un alcázar. En el mar se reforzó la vigilancia preventiva contra la reincidencia. En cualquier momento se podía entrar en combate. Y cuando llegaba la hora, los tenientes asignados a las baterías se sentían en la obligación, en determinadas circunstancias, de colocarse tras los servidores de la pieza con la espada desenvainada.

VI

Pero a bordo del setenta y cuatro cañones, en el que Billy tenía ya su hamaca, muy poco en el comportamiento de los marineros y nada evidente en la conducta de los oficiales habría sugerido, a un observador común, que el Gran Motín se acababa de producir. En su actitud y conducta general, los encargados del mando de un buque de guerra naturalmente adoptan el tono de la conducta de su comandante, si éste tiene la ascendencia de carácter que le corresponde.

El Honorable Capitán Edward Fairfax Vere, para dar aquí su título completo, era un soltero cuarentón marino distinguido aun en una época prolifera en destacados hombres de mar. Aunque ligado a altas esferas de la nobleza, sus ascensos no se debían en absoluto a influencias relacionadas con esa circunstancia. Llevaba largos años en servicio y había participado en numerosos combates, distinguiéndose siempre como un oficial preocupado del bienestar de sus hombres, sin tolerar jamás, sin embargo, una infracción a la disciplina. Altamente versado en la ciencia de su profesión, era intrépido hasta llegar casi a la temeridad, aunque nunca a la imprudencia. Por su gallardía en las aguas de las Indias Occidentales, como alférez a las órdenes de Rodney, en la resonante victoria de ese almirante sobre De Grasse, fue ascendido a capitán de guarnición.

En tierra, vestido de civil, difícilmente se lo hubiera tomado por marino, especialmente porque en la conversación ajena a su profesión jamás mezclaba términos náuticos y porque su conducta sería apenas daba muestras de apreciar el humor. No contradecía estos rasgos el que, en alguna travesía, si nada exigía su superior intervención, se convirtiera en el menos demostrativo de los hombres. Cualquier hombre de tierra que observara a este caballero, para nada sobresaliente en estatura y que no lucía distintivo alguno, saliendo de su cabina a plena cubierta abierta, y notara la deferencia silenciosa

de los oficiales retirándose a sotavento, lo podría haber tomado por un huésped del Rey, un civil a bordo del barco del Rey, algún enviado altamente honorable y discreto en ruta hacia un cargo importante. Pero, en realidad, esa llaneza en la conducta puede haber provenido de una especie de sencilla modestia en la virilidad, que acompañaba a un carácter decidido, una modestia manifiesta en todos los momentos y que no requería una acción sobresaliente, la que ejercida en todas las esferas de la vida, denotaba una virtud de índole aristocrática. Al igual que otros hombres comprometidos en otros medios vinculados también a esas actividades tan heroicas del mundo, el capitán Vere, aunque de gran sentimiento práctico, dejaba traslucir, a veces, un temple soñador. Erguido y solitario en la primera cubierta, a barlovento, agarrando el aparejo con una mano, su mirada vagaba ausente por el mar. Si algún asunto trivial interrumpía el curso de sus pensamientos, mostraba casi irascibilidad, pero al instante lograba dominarla.

En la armada era popularmente conocido con el apodo de “El Rutilante Vere”. Fue así como un mote tal recayó sobre un hombre que, cualquiera que hayan sido sus excelentes cualidades, carecía de todo brillo: uno de sus parientes predilectos, Lord Denton, un muchacho espontáneo, había sido el primero en saludarlo y felicitarlo luego de su retorno a Inglaterra del crucero a las Indias Occidentales. El día anterior, éste, volviendo a hojear un ejemplar de los poemas de Andrew Marvell, había reparado, no por primera vez, en los versos del “Appleton House”, nombre de una de las residencias de un antepasado común de ambos, un héroe en las guerras alemanas del siglo XVII, y que decían:

*Esto es así por haber sido desde el comienzo
en un cielo hogareño criado,
bajo la disciplina severa
de Fairfax y la Rutilante Vere.*

Por ello, al abrazar a su primo recién llegado de la gran victoria de Rodney, en donde había jugado tan heroico papel, exclamó con exuberancia, desbordante de orgullo familiar:

“Alégrate, Ed, alégrate, mi rutilante Vere”. La expresión se hizo popular, y el nuevo adjetivo sirvió, en las charlas familiares, para distinguir fácilmente entre el capitán del Bellipotent y otro Vere, mayor que él, pariente lejano y también oficial de igual rango en la armada, y así quedó permanentemente ligado a ese sobrenombre.

VII

En vista del papel que el comandante del Bellipotent desempeña en las escenas que en breve se describirán, parece apropiado completar ese esbozo que de él se ha hecho en el capítulo anterior.

Aparte de sus cualidades como oficial de marina, el capitán Vere era un personaje excepcional. A diferencia de no pocos destacados marinos ingleses, el prolongado y arduo servicio y la notable dedicación al oficio no habían terminado por absorber y anular totalmente al hombre. Tenía una marcada tendencia hacia lo intelectual. Amaba los libros; jamás se hacía a la mar sin una biblioteca recién abastecida, reducida, pero con los mejores títulos. El aislado ocio, en algunos casos tan fastidioso, en que, a intervalos, caen los comandantes, incluso durante un crucero de guerra, jamás fue tedioso para el capitán Vere. Sin rastros de ese gusto literario que atiende menos al asunto que a los medios, sus predilecciones se orientaban hacia aquellos libros hacia los que cualquier mente sana y superior, ocupada en algún cargo activo y de autoridad en el mundo, tiende naturalmente a inclinarse: libros que trataban de hombres y hechos reales, cualquiera fuese la época; historia, biografías y de escritores tan sobresalientes como Montaigne, quienes, libres de hipocresías y convencionalismos, honestamente y en el espíritu del sentido común, filosofan sobre la realidad. En este tipo de lectura encontró la confirmación de sus pensamientos más recónditos, una confirmación que en vano había buscado en el trato social; de allí que, en lo que respecta a los tópicos más fundamentales, se habían establecido en él algunas convicciones positivas que, lo presentía, persistirían esencialmente inmodificables mientras no mermara su inteligencia. En una época tan turbulenta como la suya, tal cosa era buena para él. Sus firmes convicciones eran como un dique de contención contra las aguas invasoras de las nuevas ideas sociales, políticas y de todo tipo que arrastra-

ban, como en un torrente, más de una mente no inferior en su naturaleza a la suya propia. Mientras otros miembros de esa aristocracia, a la que pertenecía por nacimiento, se exasperaban con los innovadores, principalmente porque sus teorías eran contrarias a las clases privilegiadas, el capitán Vere se le oponía desinteresadamente, no sólo porque le parecían incapaces de conformar instituciones duraderas, sino también porque se hallaban reñidas con la paz del mundo y el bienestar de la humanidad.

Dotados de inteligencias menos elaboradas y serias que la suya, algunos oficiales de su rango, con quienes a veces debía armonizar necesariamente, lo encontraban carente de trato agradable, considerándolo un caballero seco y teórico. Ante la posibilidad de no contar con su presencia, más de uno se sentiría inclinado a decirle a otro cosas como ésta: “Vere es un tipo noble, el Rutilante Vere. A pesar de los partes oficiales, en el fondo Sir Horace (refiriéndose al que después sería Lord Nelson) es apenas mejor marino o combatiente. Pero, entre nosotros, ¿no te parece que hay en su personalidad algo extraño propio de la pedantería? ¿No es igual que un hilo real entre un rollo de cuerda?”

Algún fundamento había para esta especie de crítica confidencial, ya que no solamente el discurso del capitán jamás caía en lo jocosamente descarado, sino que al ilustrar cualquier punto referente a personajes o acontecimientos notables de la época, citaba figuras históricas o sucesos de la antigüedad con igual facilidad con que mencionaría a los modernos. Parecía inconsciente del hecho de que para su ruda compañía tales alusiones remotas, por pertinentes que fueran, eran totalmente ajenas a hombres cuya lectura se reducía principalmente a los diarios. Pero la consideración en tales aspectos no es fácil para naturalezas como la del capitán Vere. Su honestidad les prescribe ir siempre derecho, a veces demasiado lejos, como les sucede a las aves migratorias que en su vuelo nunca prestan atención cuando cruzan una frontera.

VIII

No es necesario individualizar aquí a los tenientes y demás oficiales que formaban la plana del Capitán Vere, tampoco hacer mención a ninguno de los suboficiales. Pero entre los oficiales subalternos había uno que, como tiene mucho que ver con la historia, va a ser presentado de inmediato. Intentaré hacer su retrato, aunque jamás acertaré del todo. Era John Claggart, el maestro de armas. Pero este título naval puede parecer a los hombres de tierra un tanto equívoco. Originalmente, sin duda, la función de ese oficial subalterno era la instrucción de los hombres en el uso de las armas, espada o alfanje. Pero hace ya mucho, debido a los progresos de la artillería, los combates cuerpo a cuerpo se hicieron poco frecuentes, al predominar el nitro y el azufre sobre el acero, de manera que su función cesó. El maestro de armas de un buque de guerra se convirtió, así, en una suerte de jefe de policía a cargo, entre otras cosas, de la preservación del orden en las populosas baterías de la cubierta inferior.

Claggart era un hombre que andaba por los cincuenta y tres, algo descarnado y alto, pero no de mala figura, en su conjunto. Sus manos eran demasiado pequeñas y bien formadas como para haberse acostumbrado a faenas rudas. El rostro era notable; las facciones, salvo la barbilla, perfectamente delineadas, como las de los medallones griegos; sin embargo, la barbilla, lampiña como la de Tecumseh tenía en su textura cierta extraña amplitud protuberante que recordaba los retratos del Reverendo Doctor Titus Oates, el histórico deponente de habla arrastrada en tiempos de Carlos II, artífice del supuesto complot papal. Le venía bien en su oficio el que sus ojos tuvieran una expresión autoritaria. Su frente era del tipo frenológicamente asociado con una inteligencia más que mediana; quedaba medio cubierta por sedosos mechones de color azabache que realzaban la palidez de su cara, palidez teñida de un suave tono ambarino parecido al matiz de los

mármoles patinados por el tiempo. Este cutis, singularmente contrastante con los cutis rojos o intensamente bronceados de los rostros de los marineros, y, en parte, resultado de su reclusión oficial de los rayos solares, si bien no era exactamente desagradable, parecía, sin embargo, indicar que en su textura física o en su sangre había algo defectuoso o anormal. Pero su aspecto general y sus modales eran tan sugestivos de una educación y una carrera incompatibles con su función naval que, cuando no se ocupaba activamente de ella, parecía un hombre de alta categoría social y moral que, por razones personales, se mantenía de incógnito. Nada se sabía de su vida anterior. Quizás fuese inglés, pero había, no obstante, algo oculto en su acento, que sugería que probablemente no lo fuera por nacimiento sino por naturalización en su primera infancia. Entre algunos chismorreos grises en las cubiertas de baterías y en los camarotes de proa, circulaba uno perdido: el maestro de armas era un chevalier que se había alistado voluntariamente en la marina del Rey como una forma de pagar alguna misteriosa estafa por la que de otro modo habría tenido que responder ante los tribunales del Rey. El hecho de que nadie pudiera aducir pruebas de ese rumor no era, por supuesto, óbice para que corriera en secreto. Tales rumores referentes a cualquiera que estuviera por debajo del rango de oficial de guarnición, una vez iniciados en las cubiertas de batería, durante el período en que se desarrolla esta narración, no parecían carecer de credibilidad para los embreados viejos sabihondos de la tripulación de un buque de guerra. Y ciertamente, un hombre de las características de Claggart, ingresado a la armada ya en la madurez sin experiencia náutica previa, como era su caso, lo que le obligaba a comenzar por el grado más ínfimo; un hombre, además, que jamás hacía alusión a su vida pasada en tierra, daba pie para que, debido a esas circunstancias, por falta de un conocimiento exacto de sus verdaderos antecedentes, los envidiosos se lanzaran al vago terreno de las conjeturas desfavorables.

Pero los chismes de los marineros de guardia respecto de él tenían una cierta plausibilidad derivada del hecho de que, en esa época y durante algún tiempo, la armada británica no podía darse el lujo de ser demasiado puntillosa en lo referente a la conservación del personal enrolado; no sólo había patrullas de reclutamiento en tierra y a bordo, sino que era un secreto a voces que la policía londinense tenía total libertad de capturar a cualquier sospechoso apto, a cualquier individuo cuestionable, y enviarlo, sin más, a los astilleros o a la flota. Más aún, incluso entre los alistamientos voluntarios había casos en que el motivo para ello no provenía ni del impulso patriótico ni del deseo ocasional de experimentar un poco de vida marina o las aventuras bélicas. Deudores insolventes de poca monta y promiscuos especuladores de la moralidad hallaban un refugio conveniente y seguro en la armada. Seguro, porque una vez enganchados a bordo de un barco de Su Majestad, estaban como en un santuario, del mismo modo que los transgresores de la Edad Media se refugiaban bajo la sombra del altar. Estas sancionadas irregularidades —que por razones obvias el gobierno difícilmente podía pensar en suprimir en aquella época y que, consecuentemente, por afectar a la clase menos influyente de la humanidad, han sido relegadas al olvido— dan color a algo de cuya veracidad no respondo y que, por lo tanto, siento ciertos escrúpulos en exponer; algo que recuerdo haber visto impreso aunque ya no puedo recordar el libro; pero esto mismo me fue contado personalmente hace ya más de cuarenta años por un viejo mercenario, un negro de Baltimore, un hombre de Trafalgar, con un sombrero de tres picos con quien tuve una interesantísima conversación en una terraza de Greenwich. Se trataba de lo siguiente: en el caso de que un buque de guerra tuviera necesidad de hacerse inmediatamente a la vela, al no haber otra manera de suplir la insuficiente dotación, se recurría directamente a una leva en las cárceles. Por las razones señaladas previamente, tal vez no resultaría fácil aprobar o rechazar esa alegación. Pero tomándola por verdadera, qué significantes serían los apremios de una Inglaterra

en aquella época enfrentada a aquellas guerras que, como bandadas de aves de rapiña, se alzaban chillando de la estrepitosa y polvorienta Bastilla caída. Pero para nuestros abuelos de barbas canosas, y para los más reflexivos de ellos, el carácter de la misma presentaba un aspecto semejante al Espíritu del Cabo de Camöens, una eclipsante amenaza misteriosa y prodigiosa. Ni siquiera América estaba exenta de esos temores. En la cumbre de las inigualadas conquistas de Napoleón, hubo americanos, que habían peleado en Bunker Hill, que preveían la posibilidad de que el Atlántico no pudiera resultar barrera alguna para detener los designios finales de este portentoso advenedizo francés, surgido del caos revolucionario, que parecía cumplir el juicio anunciado en el Apocalipsis.

Pero hay que dar poco crédito a las habladurías de las cubiertas de batería en lo tocante a Claggart, reconociendo que ningún hombre que hiciera valer su cargo podía esperar ser popular entre la tripulación. Además, en sus comentarios peyorativos sobre alguien en contra de quien sienten alguna inquina, o que por alguna (o ninguna) razón les desagrada, los marineros tienden a exagerar o inventar.

La marinería del Bellipotent sabía tanto de nuestro maestro de armas antes de entrar en el servicio cuanto los astrónomos de la ruta recorrida previamente por un cometa antes de su primera aparición observable en el cielo. El veredicto del correveidile marino ha sido citado sólo para mostrar la clase de impresión moral que el hombre había causado en algunos individuos rudos e incultos, cuyas concepciones sobre la perversidad humana eran, necesariamente, de lo más estrechas, limitadas sólo a ideas de rapacidad y vileza, es decir, las de un ladrón de hamacas tendidas durante las guardias nocturnas o las de los traficantes de hombres y los tiburones terrestres de los puertos.

No era un chisme, sino un hecho, no obstante, el que, como se ha dicho anteriormente Claggart al ingresar a la armada era un novato y como tal fuera asignado a la sección menos honorable de la tripulación de los buques de guerra y a

trabajos desagradables y viles, aunque no permaneciera en ella por largo tiempo. La singular capacidad que demostró de inmediato, su constitucional sobriedad, su congeneradora deferencia para con sus superiores, junto con su peculiar curiosidad manifestada en cada ocasión, todo esto, coronado por un cierto patriotismo austero, le ascendió rápidamente al puesto de maestro de armas.

Los subordinados inmediatos de este jefe marítimo de policía eran los así llamados caporales de barco; tan sumisos como se puede reparar en algunas de las respectivas oficinas en tierra, casi en un grado incongruente con una completa volición moral. La jerarquía hacía que el jefe de policía tuviera en su poder varios resortes convergentes de influencia subterránea que, si eran astutamente manejados, podían provocar, a través de sus subalternos rasos, una misteriosa inquietud, si no algo peor, en todo hombre de la comunidad marina.

IX

La vida en la cofa del trinquete concordaba con Billy Budd. Allí cuando efectivamente no estaban atareados en las vergas o aun más arriba, en la arboladura, los encargados de las cofas que habían sido elegidos por su juventud y dinamismo constituían una especie de club aéreo, repantigados contra las espléndidas velas enrolladas cual cojines, contando cuentos, como dioses haraganes, muchas veces divirtiéndose con lo que transcurría en el febril mundo de las cubiertas. No es de extrañarse entonces que un sujeto joven de la disposición de Billy estuviera tan a gusto con tamaña compañía. Sin ofender jamás a nadie, estaba siempre alerta a cualquier orden, del mismo modo que se había comportado siempre en los buques mercantes. Pero tal puntillosidad en el deber dio motivo para que sus camaradas de altura se burlaran sanamente de él. Esta exacerbada presteza tenía su causa, principalmente, en la impresión que le había hecho el primer castigo formal que presenció en la plancha del día que siguió al de su leva. Había incurrido en falta un jovencito centinela de popa, un novicio, que se había ausentado de su puesto cuando el navío estaba cambiando de rumbo, abandono que significó un contratiempo bastante grave en la maniobra que requiere una rapidez instantánea en soltar y amarrar. Cuando Billy vio la espalda desnuda del reo bajo el azote, entrecruzada con costurones rojos; y lo que es peor, cuando él advirtió la horrenda expresión en la cara del hombre liberado junto con la camiseta de lana echada encima de sí por el verdugo, se precipitó desde el lugar donde estaba para esconderse entre la turba: Billy estaba horrorizado. Se prometió a sí mismo que nunca, por desidia, se haría acreedor a tamaña gracia o haría u omitiría nada que mereciera siquiera una simple reprobación verbal. Cuál no fue su sorpresa y preocupación cuando finalmente y de manera ocasional, se vio enredado en pequeñas dificultades por tonterías tales como el arreglo de su bolso o algo fuera de lugar

en su hamaca, cuestiones que caían bajo la jurisdicción de los caporales de las cubiertas inferiores y que le valieron una vaga amenaza por parte de uno de ellos.

Tan cuidadoso en todo como era, ¿cómo podía sucederle esto? No podía entenderlo y ello lo angustiaba de sobremane-
ra. Cuando habló sobre el tema con sus jóvenes compañeros de las alturas, éstos se mostraron ligeramente incrédulos o encontraron algo cómico en su inocultable ansiedad.

—¿Se trata de tu bolsa, Billy? —le dijo uno de ellos—. Pues bien, cósete ahí dentro, muchacho, y entonces sabrás de seguro que nadie se meterá con ella.

Ahora bien, había a bordo un veterano quien, debido a que sus años empezaban a descalificarlo para un trabajo más activo, había sido recientemente destinado al palo mayor durante su turno de guardia, velando por los aparejos amarrados a la barandilla que rodeaba la gran verga cerca de cubierta. En los ratos libres el encargado de la cofa había trabado cierta amistad con él y ahora, en medio de su problema, se le ocurrió que podría ser el tipo de persona adecuada para acudir por un sabio consejo. Era un viejo danés naturalizado inglés en el servicio, de pocas palabras, muchas arrugas y algunas cicatrices honorables. Su cara marchita, transformada por el tiempo y las tormentas en una especie de pergamino, tenía aquí y allá unas manchitas azules causadas en batalla por una explosión casual de una carga.

Era un hombre del Agamenón; unos dos años antes de la época de esta historia había servido bajo Nelson, a la sazón todavía capitán de ese barco inmortal en la memoria naval, el que desmantelado y en parte desguazado hasta sus costillas desnudas aparece como un gran esqueleto en el aguafuerte de Haden. Había formado parte del grupo de abordaje del Agamenón y en él había recibido un tajo que partía oblicuo de la sien hasta llegar a la mejilla, el que le había dejado una cicatriz pálida y larga como una faja de luz boreal que cayera sobre el rostro oscuro. Era debido a esa cicatriz y a la acción en que la había recibido, así como por su cutis salpicado de pecas azules

que el danés era conocido entre la tripulación del Bellipotent por el nombre de “Abórdalo en el humo”.

Ahora bien, la primera vez que sus pequeños ojos de comadreja se posaron en Billy Budd, una cierta alegría torva puso todas sus vetustas arrugas en bufonesca función. ¿Fue acaso porque aquella excéntrica y no sentimental vieja sapiencia suya, primitiva a su manera, vio o creyó ver algo que en contraste con el ambiente del navío resultaba extrañamente incongruente en el Marinero Apuesto? Pero después de estudiarlo ocultamente a intervalos, la vieja alegría equívoca de Merlin fue modificada, porque ahora, cuando el dueto se encontraba, en su cara se ponía en marcha una especie de mirada socarrona, pero era sin embargo sólo por un momento, y a veces reemplazada por una expresión de esa especulativa duda en que puede caer una naturaleza como ésta, inmersa en un mundo no exento de trampas y contra cuyas sutilezas el simple coraje, carente de experiencia y dirección —y sin ningún toque de defensiva fealdad— es de poca utilidad, y donde esa inocencia que el hombre es capaz de tener, en una emergencia moral, no siempre agudiza las facultades o ilumina la voluntad.

Sea por lo que fuere, el danés con su modo ascético, más bien se prendó de Billy. Esto no fue sólo debido a cierto interés filosófico en ese tipo de personalidad; hubo otra causa. Mientras las excentricidades del viejo, algunas veces rayanas en lo absurdo, disgustaban a los jóvenes, Billy, impulsado por ellas, reverenciándolo como a un héroe marinero hacía avances: jamás pasaba el viejo hombre del Agamenón sin una salutación marcada por el respeto que rara vez es inadvertido entre las personas de edad, por hoscas que se muestren a veces, y cualquiera sea su condición en la vida.

Había un toque de seco humor, o no sé qué en el hombre de la verga; y ya sea por un capricho de ironía patriarcal hacia la juventud y textura atlética de Billy, o por alguna razón más recóndita, desde el principio se dirigió a él llamándolo “Baby” en lugar de Billy, siendo, de hecho, el danés el

creador del nombre con el cual el encargado de la cofa eventualmente llegó a ser conocido a bordo del barco.

Pues bien, al ir a consultar al arrugado por su misteriosa pequeña dificultad, Billy lo encontró fuera de su ronda de guardia, ensimismado, sentado sobre un cajón de municiones en la cubierta superior de batería, observando de vez en cuando, con cierto aire ligeramente cínico, a los más ostentosos de los paseantes. Billy le contó su problema, preguntándose de nuevo cómo era que había sucedido todo. El marinero vidente escuchó atentamente, acompañando el relato del encargado de la cofa con raros tics curiosos. Al término de su narración, el encargado de la cofa de trinquete dijo:

–Y ahora, danés, dígame qué es lo que piensa de esto.

El viejo, alzando la parte delantera de su sombrero de cuero lustrado y frotándose deliberadamente la larga y delgada cicatriz en el punto en que se perdía entre los cabellos, dijo lacónicamente:

–Baby Budd, “Patas de Carnero” –refiriéndose al maestro de armas– está encima de ti.

–¡”Patas de Carnero”! –estalló Billy, sus ojos color cielo dilatándose–. ¿Con qué propósito? Pero si me dijeron que me llama “el dulce y agradable jovenzuelo”.

–¿Así te dice? –rió de manera falsa el canoso; luego dijo–: Ay, Baby, amigo, una dulce voz tiene “Patas de Carnero”.

–No, no siempre. Pero conmigo la tiene. Raro que yo le pase al lado sin que allí venga una palabra agradable.

–Y eso es porque está encima tuyo, Baby Budd.

Tal reiteración, aparte del tono, incomprensible para un novicio, perturbó a Billy casi tanto como el misterio para el cual había buscado explicación. Trató de extraer algo menos desagradablemente fatídico, pero el viejo quirón de mar, pensando tal vez que por el momento ya había instruido suficientemente a su joven Aquiles, frunció los labios, juntó todas sus arrugas y no se comprometió a nada más.

Los años y las experiencias que sobrevienen a ciertos hombres sagaces, subordinados durante toda su vida a la vo-

luntad de los superiores, todo eso había desarrollado en el danés ese medular cinismo defensivo que era su principal característica.

X

Al día siguiente un incidente sirvió para confirmar a Billy en su incredulidad con respecto al extraño resumen del danés acerca del caso consultado. A mediodía el barco navegaba con mucho viento y cabeceaba en su curso, y él estaba abajo cenando y enfrascado en amena plática con los miembros de su rancho, cuando casualmente, en un repentino vaivén, se le derramó todo el contenido del plato de sopa sobre el piso recién lavado. Claggart, el maestro de armas, bastón de reglamento en mano, justo pasaba por la batería, en uno de cuyos compartimentos se hacía rancho, y el líquido grasiento se atravesó en su camino. Pasándole por encima iba a proseguir sin comentarlo alguno, dado que el asunto, vistas las circunstancias, no merecía mayor atención, cuando se dio cuenta de quién había sido el que había provocado el desparramo. Su semblante cambió. Se detuvo, estuvo a punto de lanzar una exclamación airada al marinero, pero se contuvo, y apuntando a la sopa que se escurría, desde atrás le dio juguetonamente un ligero golpe en la espalda con el bastón, diciéndole con esa baja voz musical a veces peculiar en él:

—Apuestamente hecho, mí amigo. Juraría que es tan apuesto como el que lo hizo—. Y se alejó.

Lo que Billy no percibió, dado que estaba fuera de su visión, fue la involuntaria sonrisa o más bien la mueca que acompañó las equívocas palabras de Claggart: secamente había estirado hacia abajo las delgadas comisuras de su bien formada boca. Pero todos, tomando su observación como una humorada, ya que proviniendo de un superior eran propensos a festejarlo todo con “falso regocijo”, actuaron concordantemente; y Billy, halagado, quizá, por la alusión a que era El Marinero Apuesto, se les unió alegremente; luego, dirigiéndose a sus compañeros de rancho, exclamó:

—¡Ahora quién dice que “Patatas de Carnero” está encima mío!

—¿Y quién dijo que estaba, Belleza? —inquirió un fulano con algo de sorpresa.

Frente a esto, el encargado de la cofa se sintió un poco tonto, recordando que solamente fue una persona, el “Abórdalo en el Humo” quien había sugerido lo que para él parecía la nebulosa idea de que el maestro de armas era, de alguna manera peculiar, hostil hacia él. Mientras tanto, ese funcionario, retomando su camino, debe haber lucido momentáneamente alguna expresión menos cautelosa que aquella de la amarga sonrisa, usurpando la cara desde el corazón, alguna expresión deformante quizá, porque un muchachito tambor, que venía en dirección opuesta retozando, al chocar levemente con él, quedó extrañamente desconcertado por su aspecto. No disminuyó la impresión cuando el oficial, dándole un tremendo bastonazo, exclamó vehementemente:

—¡Mira por dónde vas!

XI

¿Qué le pasaba al maestro de armas? Y fuere lo que fuese ¿cómo podía tener relación directa con Billy Budd, con quien, previo al asunto de la sopa desparramada, nunca había tenido especial contacto oficial o de ningún otro tipo? ¿Qué tenía que ver aquello con una persona tan poco dada a ofender como era el “pacificador” del barco mercante, el mismo, incluso, que, según las propias palabras de Claggart, era el “dulce y agradable jovenzuelo”? Sí, ¿por qué, para tomar prestada la expresión del danés, “Patas de Carnero” le andaría encima al Marinero Apuesto? Pero, de corazón y no por nada, como el último incidente puede indicar al perspicaz, él estaba secreta, seguramente encima de él.

Ahora, inventar cualquier cosa referente a la vida privada de Claggart, algo que involucrara a Billy Budd, de lo cual este último sería totalmente ignorante; algún incidente novelesco que implicara que el conocimiento de Claggart del joven marinero comenzó en un período anterior a su primer encuentro a bordo del setenta y cuatro; todo esto, no tan difícil de hacer, serviría para ayudar a esclarecer, de una manera más o menos interesante, el enigma que parecía esconderse en el caso. Pero en verdad no había nada de eso. Y, sin embargo, la causa que necesariamente debe presumirse como la única responsable está en su realismo tan cargada de ese elemento primario (lo misterioso) de las novelas de Radcliffe como cualquiera que el ingenio de la autora de *Los Misterios de Udolfo* haya podido imaginar. Porque, ¿qué participa más de lo misterioso que una antipatía espontánea y profunda como la que sale a relucir en ciertos mortales excepcionales ante el mero aspecto de otro mortal, por inofensivo que éste sea, provocada acaso por esa misma inofensividad?

Pues bien, no puede haber una yuxtaposición más irritante de personalidades disímiles comparable a la que se da a bordo de un gran buque de guerra, completamente tripulado,

y en alta mar. Allí, día a día, entre todos los rangos, cada hombre se pone en contacto con casi todos los demás.

Para evitarlo totalmente, para evitar incluso la simple vista de los otros, uno necesitaría echarlos al mar o tirarse por la borda uno mismo. ¡Pueden imaginar cómo, a fin de cuentas, esto puede afectar a una criatura humana que sea justamente el reverso de un santo!

Pero estos indicios son insuficientes para que cualquier naturaleza normal logre tener una adecuada comprensión de Claggart. Para trasladarse de una naturaleza normal a la suya es preciso cruzar “el mortal espacio Intermedio”. Y esto se hace mejor de modo indirecto.

Hace mucho tiempo un honrado erudito, mi maestro, me dijo refiriéndose a alguien que como él ya no pertenece al mundo de los mortales, que era un hombre tan intachablemente respetable que en su contra nunca nada se dijo abiertamente, aunque algunos murmuraban ciertas cosas:

—Sí, Equis no es una nuez para ser partida con el abanico de una dama. Tú sabes bien que no adhiero a ninguna religión organizada, mucho menos a una filosofía sistemática. Por ello, pienso que tratar de penetrar en su laberinto y de salir otra vez, sin una pista derivada de alguna fuente distinta de aquella conocida como “conocimiento del mundo”, es difícilmente posible, al menos para mí.

—¿Por qué? —dije yo—. Equis, por muy singular que sea, es humano y el conocimiento del mundo implica, sin duda, el conocimiento de la naturaleza humana en la mayoría de sus variantes.

—Sí, pero un conocimiento superficial de él, que sirve a propósitos comunes. Pero para algo más profundo, no estoy seguro si el conocimiento del mundo y el de la naturaleza humana no son dos ramas distintas del conocimiento, que si bien pueden coexistir en un mismo corazón, pueden también darse sin tener nada o poco que ver uno con otro. Aun más, en un hombre común la constante fricción con el mundo adormece esa aguda visión indispensable para la comprensión

de lo esencial en algunos caracteres excepcionales, sean diabólicos o santos. En un caso de cierta importancia he visto a una muchacha llevar de la nariz a un viejo abogado. No era ello causado por la chochera de un amor senil; nada de eso. Pero él sabía más de la ley que del corazón de la chica. Coke y Blackstone no supieron iluminar esos oscuros parajes del espíritu como lo hicieron los profetas hebreos. ¿Y quiénes eran éstos? Ermitaños, en su mayoría.

En esa época mi inexperiencia era tal que no alcancé a comprender el verdadero significado de todo esto. Puede que ahora sí lo comprenda. Y en verdad, si siguiera siendo popular ese diccionario basado en las Sagradas Escrituras, uno podría, quizá, definir y clasificar con menos dificultad a esos hombres extraordinarios. Pero tal como son las cosas, uno se ve obligado a volcarse hacia alguna autoridad a la que no es dable, precisamente, imputarle el estar impregnada de esos elementos bíblicos.

En una lista de definiciones incluidas en una auténtica traducción de Platón, lista que se le atribuye, se dice: “Depravación natural: depravación acorde con la naturaleza”, definición que, aunque suena a calvinismo, de ningún modo extiende el dogma calvinista a toda la humanidad. Evidentemente, su intención la hace aplicable sólo a los individuos. No proporcionan muchos ejemplos de esta depravación las horcas y las cárceles. En todo caso, para ejemplos destacados, hay que ir a buscar en otros lugares, ya que éstos no tienen la vulgar amalgama de la bestia en ellos, sino que, invariablemente, están dominados por el entendimiento. La civilización, en especial si es de las de tipo austero, favorece esa depravación, la cual se esconde bajo el manto de la respetabilidad. Tiene ciertas virtudes negativas que le sirven como auxiliares silenciosas. Nunca permite que afloren. No es ir demasiado lejos decir que carece de vicios y pecados menores. Hay un orgullo extraordinario en ella que los excluye. No es mercenaria ni avara. En síntesis, la depravación de la que aquí se habla no participa en absoluto de lo sórdido o sensual. Es seria, pero

libre de acritud. Aunque no lisonjea a la humanidad, nunca habla mal de ella.

Pero lo que en casos destacados pone de relieve a tan excepcional naturaleza es esto: aunque el temperamento reposado y el comportamiento discreto de esta clase de hombre pareciera indicar una mente peculiarmente sometida a la ley de la razón, en los rincones más recónditos de su alma reina el desenfreno; al parecer, su única relación con la razón es la de emplearla como herramienta ambidextra para realizar lo irracional; es decir, para lograr un objetivo que por la perversión de su malignidad parece caer dentro de la locura, emplearán un juicio frío, sagaz y bien fundado. Estos hombres son locos, y de la clase más peligrosa, pues su alienación no es continua, sino ocasional, provocada por un objeto especial; protectoramente secreta, que es lo mismo que decir que está encerrada en sí misma, de modo que mientras más activa está más difícil se hace para la mente ordinaria el distinguirla de la salud mental; y por la razón antes mencionada, cualquiera sea su objetivo —y éste nunca es revelado—, el método y el procedimiento externo son siempre perfectamente racionales. Pues bien, Claggart era uno de esos tipos en quien había una manía de índole perversa, no engendada por una educación viciosa, por libros corruptores o por una vida licenciosa, sino nacida con él y congénita, o sea, “una depravación acorde con la naturaleza”.

Algunos dirán que decir esto es malvado. Pero ¿por qué? ¿Es acaso, porque de alguna manera ellos perciben en esto ese sentido implícito en la frase de las Sagradas Escrituras, “misterios de la iniquidad”? Si lo hacen, habría que decir que muy lejos de ese sentido ha estado mi intención, porque muy poco gustarían entonces estas páginas a los lectores de hoy.

Este capítulo ha sido necesario para explicar la naturaleza oculta del maestro de armas. Con uno o más detalles en conexión con el incidente en el rancho, quizá para reivindicar su propia credibilidad, esta resumida narración será dejada de lado.

XII

Que la figura de Claggart no era mala y que su cara, salvo el mentón, estaba bien formada, ya se ha dicho. De estos aspectos favorables parecía darse cuenta, ya que no sólo se vestía con pulcritud, sino con esmero. Pero la figura de Billy era poderosa; y si su rostro no tenía la expresión del pálido Claggart, no estaba menos iluminado que el suyo, aunque por una fuente diferente. La hoguera de su corazón tornaba luminoso el rosa de sus mejillas.

Dado el marcado contraste entre ambos, es más que probable que cuando el maestro de armas, en la última escena descrita, le soltó al marinero la chanza esa de “juraría que es tan apuesto como quien lo hizo”, dejó escapar con ella un cierto dejo de ironía, no captado por los marineros que lo oyeron, ya que lo que lo había movido en contra de Billy había sido, principalmente, su singular belleza personal.

Ahora bien, la envidia y la antipatía, pasiones irreconciliables en la razón, pueden, sin embargo, en los hechos, nacer unidas como Chang y Eng. ¿Es la envidia, entonces, tal clase de monstruo? Bueno, si bien más de un mortal acusado ante un tribunal se ha declarado culpable de acciones horribles con la esperanza de mitigar la pena, ¿ha confesado alguien, seriamente, que envidia? Algo hay en ella universalmente intuido que es más vergonzoso que el más horrendo de los crímenes. Y no sólo todo el mundo la repudia, sino que los de mejor clase tienden a la incredulidad cuando ella es, en serio, imputada a un hombre inteligente. Pero como se aloja en el corazón y no en el cerebro, ningún grado de inteligencia es garantía suficiente en su contra. Sin embargo, la de Claggart no tenía la forma de una pasión vulgar; no, dirigida hacia Billy Budd, no participaba de ese rasgo de aprensivos celos que estropeó perturbadoramente el rostro de Saúl al cernerse sobre el bien parecido joven David. La envidia de Claggart calaba más hondo. Si miraba con sospecha la atractiva apariencia, la

rebotante salud y la franca alegría de la juventud en Billy Budd, era porque todo esto acompañaba una naturaleza que, como Claggart magnéticamente sentía, en su simplicidad jamás había deseado la maldad o experimentado la reaccionaria mordedura de la serpiente. Para él, el espíritu alojado dentro de Billy mirando desde sus ojos color cielo como a través de dos ventanas, esa inefabilidad era lo que creaba esos hoyuelos en sus mejillas bronceadas, lo que daba ligereza a sus miembros y ondulaba sus dorados rizos, haciendo de él, preminentemente, El Marinero Apuesto. Con excepción de una sola persona, el maestro de armas era quizás el único hombre en el barco intelectualmente capaz de apreciar adecuadamente el fenómeno moral presentado en Billy Budd. Y tal capacidad exacerbaba su pasión, la que, asumiendo en su interior variadas formas secretas, a veces era un cínico desdén: ¡desdén por la inocencia de ser nada más que un inocente! Sin embargo, en un sentido estético veía el encanto que hay en ella, su temple valeroso e informal, y gustoso la hubiera compartido, aunque lo desesperaba.

Sin poder para anular en él esa malignidad elemental, si bien podía ocultarla con suficiente facilidad, aprehendiendo la bondad, pero incapaz de conseguirla, una naturaleza como la de Claggart, sobrecargada de energía, como tales naturalezas casi invariablemente son, no tenía otro recurso que plegarse sobre sí misma; y como el escorpión del cual sólo el Creador es responsable, representar hasta el final la parte que le había tocado en suerte.

XIII

La pasión; y la pasión en sus más recónditas profundidades, no exige un escenario palaciego para desempeñar su papel. La pasión honda actúa entre los rufianes, los mendigos y rastreadores de basura. Y las circunstancias que la provocan, por más triviales o sórdidas que sean, no son medida de su intensidad. En el ejemplo presente, el escenario es la recién limpia cubierta de batería de un barco, y una de las provocaciones exteriores, la sopa derramada por uno de los marineros.

Ahora bien, cuando el maestro de armas vio de dónde provenía el grasiento líquido que se deslizaba delante de sus pies, lo debe haber tomado, hasta cierto punto voluntariamente, no como lo que de seguro era —un simple accidente—, sino como una solapada manifestación de un sentimiento espontáneo de Billy, en respuesta a su propia antipatía. Desde luego, una demostración torpe, debe de haber pensado, y muy inocua, como el golpe fútil de un potrillo (que no sería tan inocuo si el animal fuera un semental de fuertes cascós). Pero aun así, Claggart mezcló, a la amargura de su envidia, la virulencia de su desdén. Pero el incidente le confirmó ciertos rumores que había vertido en sus oídos “El Hocicón”, uno de sus más arteros caporales; un hombrecillo canoso, bautizado así por sus compañeros por su voz chirriante y su cara aguzada que husmeando en los oscuros rincones de las cubiertas inferiores para buscar intrusos, les había sugerido satíricamente la idea de una ata en una bodega.

Dado que su jefe lo empleaba como instrumento en la colocación de las pequeñas trampas que preocupaban al encargado de la cofa —pues las pequeñas persecuciones hasta ahora mencionadas, efectivamente, provenían del maestro de armas—, el caporal había deducido, como era natural, que su jefe no sentía amor alguno por el marinero. De allí que se dedicara, como buen colocador de trampas que era, a fomentar

esa mala sangre distorsionando ante su jefe algunas inocentes travesuras del bonachón de Billy, además de agregar de su propio colete algunos epítetos insultantes que él afirmaba haber oído. El maestro de armas nunca dudó de la veracidad de estos informes, muy especialmente de los epítetos, porque él sabía muy bien cuán secretamente impopular podía llegar a ser un maestro de armas, al menos un maestro de armas de aquellos días, celoso de su función, y cómo los marineros, en privado, lanzaban en su contra todas sus burlas y su ingenio. El mismo mote que le habían puesto (“Patas de Carnero”) demostraba, bajo una festividad aparente, la falta de respeto y la antipatía que sentían por él. Si se tiene en cuenta la avidez con que el odio se alimenta, habría que decir que la pasión de Claggart era de esas que no requiere apoyo logístico.

Una prudencia desacostumbrada acompaña a la depravación, cuando es sutil, pues ha de ocultarlo todo. Y en el caso de la sospecha de una injuria su carácter secreto niega de plano la posibilidad de aclaración o desencanto y no sin resistencia pasa a la acción, tanto por una presunción como por una certeza. Y la venganza bien puede ser monstruosamente desproporcionada con respecto a la supuesta ofensa porque ¿no es acaso la revancha, en sus exacciones, peor que un usurero inmoderado? Pero, ¿qué hay de la conciencia de Claggart? Porque si bien las conciencias no son como las frentes, toda inteligencia –sin excluir a los demonios de las Sagradas Escrituras que “creen y tiemblan”– tiene una conciencia. Pero la de Claggart no era más que el abogado de su voluntad y de minucias hacía enormidades, probablemente arguyendo que el motivo imputado a Billy al derramar la sopa, justo en ese momento, amén de los pretendidos epítetos, si es que no había nada más, era prueba suficiente para acusarle: más aún, justificaba su animosidad y la convertía en una especie de justicia retributiva. El fariseo es el Guy Fawkes que ronda por las cámaras ocultas que subyacen en naturalezas tales como la de Claggart. Y realmente no puede imaginarse una malicia que no sea recíproca. Es probable que las persecuciones clandestinas

del maestro de armas contra Billy se hayan iniciado para poner a prueba su carácter; pero no consiguieron sacar a relucir ninguna cualidad en él de la cual el antagonismo pudiera hacer uso oficial o incluso convertirla en autojustificación plausible; de allí que el accidente del rancho, por nimio que haya sido, fue bienvenido en aquella conciencia peculiar cuya misión era ser el mentor privado de Claggart; y por lo demás, no es improbable que lo haya conducido a nuevos experimentos.

XIV

No muchos días después del incidente narrado últimamente, le sucedió a Billy algo que lo desconcertó aun más que lo anterior.

Era una noche cálida para la región, y el encargado de la cofa, que en ese momento no estaba en su turno de guardia, yacía soñoliento en la cubierta superior, a donde había subido desde su calurosa hamaca, una más entre las centenares que se apretujaban en la cubierta inferior de batería, tanto que apenas conseguían balancearse. Estaba como a la sombra de la ladera de una colina; tiradas bajo el socaire de la botavara había una pila de vergas de repuesto en medio del barco, entre el palo de trinquete y el palo mayor, donde también, arrumbada, estaba la lancha, el bote más grande. Al lado de otros tres soñolientos de bajo cubierta, él estaba cerca de una de las puntas de la botavara próxima al palo de trinquete; su puesto en la arboladura como encargado de la cofa estaba justo por encima del puesto de cubierta de los encargados del castillo de proa, por lo que la costumbre lo habilitaba para que se sintiera como en su casa en esas vecindades.

Pronto fue llevado a la semiinconsciencia por alguien; alguien que, después de haber comprobado previamente el sueño profundo de los otros, le había tocado el hombro; entonces, al levantar el encargado de la cofa la cabeza, en un rápido susurro le murmuró:

—Deslízate hacia las cadenas a proa, a sotavento, Billy. Hay algo en el ambiente. No hables. Rápido. Te encontraré allí—. Y desapareció.

Ahora bien, Billy, como otras personas esencialmente bonachonas, tenía algunas debilidades inseparables de ese carácter, entre ellas, una reticencia, casi una incapacidad de decir categóricamente no a una proposición repentina que no fuera evidentemente absurda ni claramente inamistosa o perversa. Y siendo de sangre caliente, no disponía de la flema pa-

ra negarse tácitamente a cualquier proposición a través de la inacción. Al igual que su sentido del temor, su comprensión con respecto a algo que estuviera fuera de lo honrado y natural raras veces era rápida. Además, en esta ocasión todavía lo embargaba la modorra del sueño.

Como quiera que haya sido, se levantó mecánicamente, y, medio en sueños, preguntándose qué sería lo que andaba en el aire se dirigió al lugar señalado, una angosta plataforma, una de las seis, situada fuera del alto baraganete y medio oculta por las grandes vigotas y múltiples acoladores encolumnados de las cubiertas de refuerzo posteriores, cuyas dimensiones, en un gran barco de guerra para la época, eran acordes a la magnitud del amplio casco. En síntesis, un alquitranado balcón sobre el mar, tan apartado que cierto marinero del *Bellipotent*, un viejo inconformista lobo de mar, lo había transformado, incluso de día, en su oratorio privado.

En este retirado escondrijo, el desconocido pronto se reunió con Billy Budd. No brillaba aún la luz de la luna, una bruma oscurecía la luz de las estrellas. No podía ver claramente la cara del extraño. Sin embargo, por algo en el perfil y en el porte, Billy lo tomó, sin equivocarse, por uno de los guardias a popa.

—¡Psst, Billy! —dijo el hombre, con el mismo rápido susurro de precaución anterior—. Te impresionaste, ¿no es cierto? Bueno, yo también. —E hizo una pausa como para subrayar el efecto. Pero Billy, sin entender cómo interpretar eso, no dijo nada. Luego, el otro: —No somos los únicos impresionados, Billy. Hay un montón más. ¿No podrías ayudarnos en un apuro?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Billy, ya sacudida por completo su modorra.

¡Ssshhh, sshhhh!—. El murmullo apresurado haciéndose ronco musitó ahora— ¡Mira! —Y el hombre levantó dos pequeños objetos que brillaban débilmente a la luz de la noche. —Mira, son tuyos, Billy, si tú solamente...

Pero Billy le interrumpió; y en su desesperada ansiedad por expresarse, su enfermedad vocal se hizo presente:

—¡Maldito sea, no sé a-a-adónde m-me quieres lle-llevar, o qué quieres de-decir, pero lo mejor se-será que te-te vuelvas a-a-adonde perteneces!

Por el momento, el tipo, como confundido, no se movió; pero Billy, poniéndose de pie de un salto, dijo:

—¡Si no-no te vas, te-te tiraré por la bo-bo-borda!

No había lugar a dudas de esto; y el misterioso emisario desapareció en dirección al palo mayor, a la sombra de las botavaras.

—¡Hola! ¿Qué pasa? —refunfuñó uno de los vigías del castillo de proa, despertado de su sueño por el tono de la voz de Billy. Y al reaparecer Billy y reconocerlo añadió: —Ah, Belleza, ¿eres tú? Algo debe haber pasado para que tartamudearas.

—Oh —replicó Billy, dominando ya su dificultad—. Encontré a uno de los guardias a popa en vuestra sección y lo mandé de vuelta a su puesto.

—¿Y eso fue todo lo que hiciste, encargado de la cofa? —preguntó otro con aspereza, un viejo irascible de rostro y pelo color ladrillo, conocido con el nombre de “Pimiento Morrón” por sus compañeros del castillo de proa.

—Me gustaría casar a esos cobardes con la hija del cañonero— añadió, expresión con la que quería decir que desearía someterlos al castigo disciplinario sobre el cañón.

Sin embargo, la explicación de Billy resultó satisfactoria para dar por terminado el interrogatorio de los preguntones. De todas las secciones de la tripulación de un barco, los encargados del castillo de proa, que en su mayoría son veteranos fanáticos en sus prejuicios marineros, resultan ser los más celosos de las invasiones territoriales, especialmente por parte de cualquiera de la guardia a popa, de la que tienen una pobre opinión, por considerarla formada principalmente por gente de tierra que jamás sube a la arboladura sino para arizar o

plegar la vela mayor, y que es incompetente para manejar un pasador o, digamos, darle vueltas a una vigota.

XV

El incidente confundió extremadamente a Billy Budd. Fue una experiencia nueva por completo; era la primera vez en su vida que alguien lo abordaba de una manera tan solapada e intrigante. Previo a este encuentro, no había tenido contacto con el guardia a popa, ambos ubicados en posiciones tan distintas, uno a proa y en la arboladura, el otro en cubierta y a popa.

¿Qué podía significar esto? ¿Podrían ser realmente guineas esos dos objetos centelleantes que el intruso había sostenido ante los ojos de Billy? ¿Dónde podía haberlas conseguido? Pero si incluso hasta los simples botones escaseaban a bordo. Mientras más pensaba en el asunto, más desconcertado se sentía, más intranquilo y turbado. En su disgusto rechazó ante una oferta que, aunque no podía comprender del todo, instintivamente sabía que tenía algo de diabólica, Billy Budd se parecía a un caballo joven que acabara de terminar de pasar y que de pronto inhalara una ráfaga vil de alguna fábrica química y que, con repetidos estornudos, tratara de sacársela de los orificios nasales y los pulmones. Este estado de ánimo eliminaba todo deseo de buscar una nueva conversación con el tipo, aunque sólo fuera con el propósito de lograr algún esclarecimiento con respecto a la intención de este último al acercársele. Y no obstante, no carecía de la curiosidad natural por ver qué aspecto tendría a la luz del día su visitante nocturno.

Lo espío, a la tarde siguiente, durante su primera guardia abajo; era uno de los fumadores en la parte delantera de la cubierta de batería superior en que se permitía fumar. Lo reconoció por su estatura y conformación general, más que por su cara, redonda y pecosa, y sus vidriosos ojos color celeste, velados por pestañas casi blancas. Y, sin embargo, Billy sentía cierta inseguridad de que realmente fuera él, un tipo joven, casi de su misma edad, que parloteaba y se reía desenfadada-

mente, recostado sobre uno de los cañones; un joven amable, digno de mirar y, al parecer, bastante casquivano. Bastante gordinflón para un marinero, incluso para un encargado de la guardia a popa. En síntesis, el último tipo en el mundo del que uno pensaría que podía estar sobrecargado de pensamientos, especialmente de aquellos peligrosos que deben ser propios de un conspirador de cualquier plan serio, o incluso de un secuaz de tal conspirador.

Aunque Billy no se había dado cuenta, el tipo, con una mirada de reojo, lo había visto primero y notando que Billy lo miraba, de inmediato le hizo un saludo familiar de reconocimiento con la cabeza, como a un viejo conocido, sin interrumpir la charla en la que estaba enfrascado con el grupo de fumadores. Uno o dos días después, al pasar por casualidad junto a Billy, en el paseo vespertino, por una de las baterías le dijo algo al vuelo, en señal de camaradería, que por ser tan inesperado y equívoco, dadas las circunstancias, puso de tal modo en aprietos a Billy que no supo qué responder, y lo dejó pasar como si no lo hubiera oído.

Billy se sentía ahora más desconcertado que antes. Las vanas especulaciones a las que se veía arrastrado eran tan perturbadoramente ajenas a él que hizo todo lo posible por reprimirlas. Jamás se le ocurrió que este era asunto que, por su extrema ambigüedad, él debía, como marinero leal que era, reportar ante el superior correspondiente. Y, probablemente, si alguien se lo hubiera sugerido, lo habría rechazado de plano, pensando, con una magnanimidad de novato, que tendría el sucio sabor del chisme. Por ello guardó para sí la cosa. No obstante, en una ocasión no pudo evitar desahogarse un poco con el viejo danés, influido, tal vez, por una balsámica noche cuando el barco estaba en calma; el dueto permanecía callado la mayor parte del tiempo, sentados juntos, sobre cubierta, con las cabezas apoyadas contra los malecones. Pero lo que Billy dio fue sólo una versión parcial y anónima, pues los escrúpulos mencionados le impedían revelar la cosa totalmente. Luego de escuchar el relato de Billy, el sabio danés pareció

adivinar más de lo que se le había dicho y, luego de una corta meditación durante la cual sus arrugas se contrajeron poco menos que hasta formar un solo punto, con lo que borró aquella expresión burlesca que a veces mostraba su cara, dijo:

—¿No te lo dije, Baby Budd?

—¿Me dijo qué? —preguntó Billy.

—Que “Patas de Carnero” está encima de ti.

—¿Y qué tiene que ver “Patas de Carnero” con ese chiflado de la guardia a popa? —replicó Billy sorprendido.

—¡Ah!, ¡con que se trata de uno de los de la guardia a popa entonces! ¡Un zarpazo de gato, un zarpazo de gato! —Y con esa exclamación, sea que se haya referido al ligero soplo que en ese momento enroscaba las tranquilas aguas, o que haya tenido alguna relación sutil con el guardia a popa, el viejo Merlin arrancó con sus negros dientes un mordisco de su tableta de tabaco, sin dignarse responder a la impetuosa pregunta de Billy, que, aunque la repitió, no consiguió obtener contestación, pues el danés tenía la costumbre de caer en profundo silencio cuando era interrogado de manera escéptica sobre algunos de sus sentenciosos oráculos, no siempre muy claros, más bien partícipes de esa oscuridad que reviste la mayoría de las revelaciones delficas en cualquier lugar.

La larga experiencia, probablemente, había dado a este viejo aquella amarga prudencia que jamás se mete en nada y nunca da consejos.

XVI

Sí, a pesar de la expresiva insistencia del danés en cuanto a que en el fondo de toda la extraña experiencia de Billy a bordo del Bellipotent estaba la presencia del maestro de armas, el joven marinero estaba dispuesto a atribuirla a cualquiera menos a aquel hombre que, para usar los propios términos de Billy, “siempre tenía para él una palabra agradable”. Esto resultaba asombroso. Sin embargo, no tanto. En algunos aspectos, ciertos marineros, incluso ya maduros, siguen siendo bastante ingenuos. Y un joven marinero de las características de nuestro atlético encargado de la cofa es más un niño que un hombre. Sin embargo, la absoluta inocencia de un niño no es más que su ignorancia supina, y la inocencia desaparece más o menos en la medida en que se desarrolla la inteligencia. Pero en Billy Budd, si bien su inteligencia había progresado, su ingenuidad había permanecido en lo esencial inalterada. La experiencia es una maestra, sin duda; sin embargo la corta edad de Billy hacía que su experiencia fuera reducida. Además, carecía de ese conocimiento intuitivo de lo malo, que en las naturalezas no del todo buenas ni declaradamente malas precede a la experiencia, y que, por lo mismo, puede hallarse, como realmente sucede en algunos casos, incluso en la juventud.

¿Y qué podía saber Billy acerca del hombre, excepto del hombre en tanto marinero? Pero el marinero de viejo cuño, el verdadero lobo de mar, el que ha sido marino desde su infancia, aunque sea de la misma especie que el hombre de tierra, en algunos aspectos se distingue claramente de éste. El marinero es franqueza; el hombre de tierra, sutileza. La vida no es para el hombre de mar un juego que le exija mucha cabeza; no es un juego complicado de ajedrez en que pocos movimientos se hacen en línea recta, pues el objetivo se alcanza por vía indirecta; un juego evasivo, tedioso y estéril que difícilmente vale la pena la vela que gasta jugándolo.

Sí, como clase, los marineros son una raza de carácter juvenil. Incluso sus perversiones tienen el sello de la juventud; esto es especialmente cierto en los marineros de la época de Billy. Además ciertas características aplicables a todos los marineros se dan de modo más marcado entre los jóvenes. Todo marinero está acostumbrado a recibir órdenes sin discutir las; su vida a bordo está dirigida desde el exterior; no entra en ese promiscuo comercio con la humanidad en que la acción libre en términos de igualdad, al menos superficialmente, pronto le enseña a uno que, a menos que ejerza una desconfianza proporcional a la rectitud de la apariencia, lo más probable es que le jueguen una mala pasada. Una desconfianza básica y no demostrativa es tan habitual, no tanto entre los hombres de negocios, sino entre los que tienen un conocimiento de los demás menos superficial que el de las relaciones de negocios, en especial ciertos hombres de mundo, que llegan incluso a emplearla inconscientemente, y algunos de ellos se sentirían realmente sorprendidos si se les acusara de que ése es uno de sus rasgos generales.

XVII

Pero después del incidente en el rancho, Billy Budd ya no tuvo más problemas extraños sobre su hamaca, su bolsa de la ropa u otras cosas. En lo que se refiere a la sonrisa que ocasionalmente se posaba sobre él, y a las palabras agradables lanzadas al pasar, si no más frecuentes, eran más evidentes que antes.

Pero además de todo eso, había ahora algunas demostraciones un tanto diferentes. Cuando la mirada distraída de Claggart caía sobre Billy, que, con otros, se paseaba por la batería superior, libre del servicio de la segunda guardia, intercambiando bromas con los jóvenes paseantes que por allí pululaban, esa mirada seguiría a aquel alegre Hiperión de los mares, con una expresión meditativa y melancólica, los ojos extrañamente humedecidos por un principio de lágrimas febriles. Entonces Claggart parecía un alma en pena. A veces, la expresión melancólica tenía un leve dejo de suave añoranza, como si Claggart hubiese sido incluso capaz de amar a Billy, a no ser por el destino y la maldición. Pero pronto se arrepentía de ello, como que esa mirada, que no se podía mitigar, pellizcara y arrugara su rostro hasta convertirlo momentáneamente en una especie de nuez reseca. Pero algunas veces, viendo de antemano que el encargado de la cofa venía en su dirección, al acercarse éste, se hacía a un lado para dejarlo pasar, dejando caer sobre Billy la sonrisa satírica de un Guisa. Pero si el encuentro era brusco e imprevisto, brillaba en sus ojos una luz roja, como la chispa de un yunque en una lúgubre herrería. Esa luz fugaz y feroz era extraña; salía disparada de unas órbitas que, en reposo, tenían un color muy parecido al violeta oscuro, el más suave de los tonos.

Aunque algunos de esos caprichos de ese infierno interior no podían dejar de ser observados por su víctima, ésta no alcanzaba a comprender su naturaleza. Y los músculos de Billy eran difícilmente compatibles con esa especie de sensible

organización espiritual que en algunos casos transmite instintivamente a la ignorante inocencia una advertencia de la proximidad de lo maligno. El pensaba que el maestro de armas actuaba de una manera a veces extraña. Eso era todo. Pero el aire franco de algunas ocasiones, y la palabra agradable, eran tomados por lo que pretendían ser: el joven marinero nunca hasta ahora había oído hablar del “hombre demasiado cortés”.

Si el encargado de la cofa hubiera tenido conciencia de haber dicho o hecho algo que hubiese provocado la mala voluntad del oficial, hubiese sido diferente, y su percepción podría haber sido más clara, si no más aguda. De este modo, la inocencia era su anteojera.

Lo mismo sucedía con respecto a otro asunto. Dos oficiales menores, el del arsenal y el de la bodega, con los cuales jamás había intercambiado palabra alguna, dado que su puesto en el barco no lo ponía en contacto con ellos, empezaron a echarle miraditas cuando por casualidad se encontraban, miradas peculiares que ponen de manifiesto que el hombre de quien provienen las lanza intencionalmente contra quien está predispuesto. Nunca se le ocurrió a Billy, como algo digno de notar o como algo sospechoso, a pesar de que conocía el hecho, que el oficial del arsenal y el capitán de la bodega, con el pañolero, el boticario y otros de ese grado, eran, por costumbre naval, compañeros de rancho del maestro de armas, hombres con orejas bien dispuestas a su lengua confidencial.

Pero la popularidad general que provenía de la viril audacia que en ocasiones demostraba El Marinero Apuesto, junto con su irresistible buen carácter, que indicaba la falta de una superioridad mental tendiente a estimular sentimiento de envidia, esta buena voluntad, de parte de la mayoría de sus camaradas, hacía que Billy fuera el que menos se preocupara de las sordas manifestaciones de que era objeto por parte de los recién aludidos para penetrar e inferir su verdadera importancia.

En lo que se refiere al vigía a popa, aunque Billy, por las razones ya explicadas, lo veía muy poco, sin embargo, cuando ambos se topaban, invariablemente aquél le dispensaba ese despreocupado y alegre saludo de reconocimiento, algunas veces acompañado de una o dos palabras agradables al pasar. Sea el que haya sido el equívoco, el designio original de ese joven, del cual él haya sido intérprete, era más que cierto, por sus modales en estas ocasiones, que había sido abandonado completamente. Era como si su precocidad en la maldad —y todo villano vulgar es precoz— lo hubiese engañado por una vez, y el hombre a quien él había buscado entrapar como a un simplón, lo hubiese frustrado ignominiosamente mediante su propia simplicidad.

Los astutos podrán opinar que era casi imposible que Billy se refrenara de dirigirse al vigía a popa y le pidiese francamente cuentas de sus intenciones en aquella entrevista inicial, terminada tan abruptamente en las cadenas a proa. Los astutos podrán pensar también que era natural que Billy sondeara entre otros hombres a bordo, para descubrir qué base tenían, si es que la tenían, las oscuras sugerencias del emisario acerca de que hubiera en el barco un sentimiento de disgusto en ebullición. Sí, los astutos pueden pensar así. Pero se necesita algo más, o tal vez algo distinto de la mera astucia, para comprender una naturaleza como la de Billy Budd.

En cuanto a Claggart, su monomanía —si realmente lo era— había quedado revelada, involuntariamente, como por las estrellas, en las manifestaciones descritas, si bien en general se mantenía oculta por su comportamiento reservado y racional; pero, como fuego subterráneo iba abriéndose pasó en su interior cada vez más profundamente. Tenía que suceder algo decisivo al respecto.

XVIII

Después de la misteriosa entrevista en las cadenas a proa, tan abruptamente finalizada allí por Billy, nada especialmente atingente a la historia ocurrió hasta los sucesos que ahora serán narrados.

En otro lugar se ha dicho que debido a la falta de fragatas (más marineras, por supuesto, que los buques de línea de combate) en la escuadra británica de los Estrechos, en aquella época, el Bellipotent 74 era ocasionalmente empleado no sólo como sustituto disponible de un barco de reconocimiento sino, a veces, en misiones aisladas de mayor importancia. Esto no era sólo por sus cualidades de navegación, que no eran comunes en un barco de su porte, sino, más probablemente, porque el carácter de su comandante lo hacía especialmente apto para cualquier tarea en la que dificultades imprevistas requiriesen tomar una rápida iniciativa, junto con conocimiento y habilidad, aparte de aquellas cualidades implícitas en un diestro hombre de mar. Fue en una expedición de este último tipo, a cierta distancia, y cuando el Bellipotent se hallaba ya muy separado de la flota, al final de la guardia de la tarde, que inesperada mente avistó un buque enemigo. Resultó ser una fragata. Esta última, dándose cuenta a través del catalejo de que por su tripulación y armamento la superaban con mucho, apelando a sus más ligeras condiciones forzó las velas para alejarse. Tras una persecución realizada casi sin esperanza alguna, y que duró hasta la mitad de la primera guardia, finalmente consiguió escapar.

No mucho después de haberse renunciado a la persecución y antes de que desapareciera por completo la excitación del incidente, el maestro de armas ascendiendo desde su cavernoso círculo de acción, hizo su aparición, gorra en manó, al lado del palo mayor, esperando respetuosamente ser notado por el capitán Vere, quien se paseaba solitario a barlovento del alcázar, indudablemente algo irritado por el fracaso de la

persecución. El lugar dónde Claggart se paró era el destinado a los hombres de inferior graduación que estuvieran interesados en conseguir una entrevista con el oficial de cubierta o con el capitán mismo. Pero en cuanto a este último, era raro que un marinero o algún oficial subalterno de aquellos días buscara tal audiencia; solamente una causa muy excepcional, de acuerdo con la costumbre establecida, la hubiera justificado.

De pronto, en el momento en que el comandante, absorto en sus pensamientos, estaba a punto de dirigirse a popa en su paseo, se dio cuenta de la presencia de Claggart y vio que se había quitado la gorra en señal de deferente espera.

Habría que decir aquí que el capitán Vere sólo había empezado a conocer personalmente a este oficial subalterno cuando el barco se hizo a la mar, la última vez, desde la patria. Claggart había sido transferido de un buque detenido por reparaciones y había sustituido a bordo del Bellipotent al anterior maestro de armas incapacitado y desembarcado.

No bien el comandante se dio cuenta de quién era el que tan deferentemente estaba de pie aguardando ser notado, apareció en su rostro una expresión peculiar, no muy distinta de la que, sin poderlo remediar aparecerá en quien, al toparse inesperadamente con una persona que, si bien conoce, no ha tenido tiempo de que sea a fondo, y que ahora, por primera vez, le provoca un vago disgusto y repulsión. Pero deteniéndose y adoptando su acostumbrado aire oficial, a excepción de una especie de impaciencia semioculta en la entonación de la primera palabra que pronunció, dijo:

—Bien, ¿qué pasa, maestro de armas?

Con un aire de subordinado preocupado por ser mensajero de malas nuevas y a la vez conscientemente decidido a ser franco e igualmente resuelto a evitar exageraciones, ante esta invitación, o más bien orden de explayarse, Claggart habló claro. Lo que dijo, en un lenguaje para nada propio de una persona ineducada, si bien no al pie de la letra, fue lo siguiente: que durante la persecución y preparativos para el posible

combate había visto lo suficiente como para estar convencido de que por lo menos un marinero a bordo era personaje peligroso en un buque lleno de individuos que no sólo habían tomado parte culpable en la última revuelta, sino también de otros que, como el hombre en cuestión, habían ingresado al servicio de Su Majestad bajo otra forma de enrolamiento.

En este punto, con cierta impaciencia, el capitán Vere le interrumpió:

—Sea directo, hombre; diga forzosos.

Claggart hizo un gesto de subordinación y prosiguió: Hacía poco que él, Claggart, había comenzado a sospechar que en las cubiertas de batería se había puesto en marcha, impulsado por el marinero en cuestión, cierto tipo de movimiento encubierto, pero no se había sentido lo suficientemente seguro de comunicar sus sospechas en tanto éstas fueran poco claras. Pero que, por lo que había observado esa misma tarde en el hombre mencionado, la sospecha de que algo clandestino estaba sucediendo se había acercado a un punto próximo a la certeza. Sentía profundamente, agregó, la responsabilidad que asumía al hacer una denuncia que implicaba tales posibles consecuencias para el individuo comprometido, además de tender a aumentar las preocupaciones naturales que todo comandante naval debe sentir en vista de la extraordinaria revuelta reciente que, lamentablemente, dijo, no necesitaba nombrar.

Ahora bien, al iniciarse el tema, el capitán Vere, tomado por sorpresa, no pudo dejar de sentir inquietud. Pero a medida que Claggart prosiguió, su aspecto cambió hacia la intranquilidad, por algo que había en la manera en que el testigo daba su testimonio. Sin embargo, se reprimió de interrumpirlo. Y Claggart, continuando, concluyó con esto:

—Dios prohíba, su señoría, que el Bellipotent tenga la experiencia de...

—¡No se preocupe por eso! —le interrumpió perentoriamente su superior, la cara alterada por la cólera, instintivamente, adivinando el nombre del barco que el otro estaba a

punto de mencionar, en el cual el Motín del Nore había asumido un carácter especialmente trágico que, por algún tiempo, había puesto en peligro la vida de su comandante. En tales circunstancias, indignaba al comandante la alusión. Mientras los suboficiales eran muy cuidadosos en la manera según la que se referían a los últimos acontecimientos en la flota, que un subalterno los aludiera innecesariamente en presencia de su capitán le pareció una inmodesta presunción. Además a su agudo sentido del propio respeto le pareció, incluso, dadas las circunstancias, como un intento de alarmarlo. Y no dejó de sorprenderle que una persona que, por lo que había observado hasta entonces, había demostrado considerable tacto en sus funciones, mostrara en esta situación tal particular carencia del mismo.

Pero estos pensamientos y otros semejantes, plenos de dudas, que como relámpago atravesaron su mente, fueron reemplazados súbitamente por una conjetura intuitiva que, aunque oscura en su forma, le sirvió en la práctica para alterar su recepción de las malas nuevas. Es cierto que, versado desde mucho tiempo en todo lo referente a la complicada vida de las cubiertas de batería —que como cualquiera otra forma de vida, tiene sus minas secretas y su lado dudoso, aspectos popularmente negados—, el capitán Vere no se permitió alterarse indebidamente por el tenor general del informe de su subordinado.

Más aún, si en razón de los recientes acontecimientos hubieran de tomarse inmediatamente medidas ante el primer signo palpable de recurrencia en la insubordinación, no sería juicioso mantener viva la idea de una prolongada deslealtad, dando indebidamente crédito a un informante, aun cuando éste fuese su propio subordinado encargado, entre otras cosas, de la vigilancia policial de la tripulación. Este sentimiento, tal vez, no hubiera prevalecido en él a no ser porque en una ocasión anterior el celo patriótico oficialmente demostrado por Claggart lo había irritado algo, por considerarlo hipersensible y exagerado. Aun más, algo en el modo autosuficiente y

algo ostentoso del oficial al hacer su descripción, le recordaba extrañamente a un músico de una banda, testigo perjuro en un caso de pena capital ante una corte marcial en tierra, de la que él, cuando teniente, había sido miembro.

La interrupción perentoria que le hizo a Claggart en la mencionada alusión fue rápidamente seguida de estas palabras:

—Usted dice que por lo menos hay un hombre peligroso a bordo. Nómbrelo.

—William Budd, un encargado de la cofa de trinquete, su señoría.

—¡William Budd! —repitió el capitán con genuino asombro—. ¿Se refiere usted al hombre que el teniente Radcliffe eligió de entre los marinos mercantes hace poco tiempo, el joven que parecía ser tan popular entre sus camaradas? ¿Billy, El Marinero Apuesto, como lo llamaban?

—El mismo, su señoría. A pesar de su juventud y buen aspecto, un retorcido. No por nada se insinúa en la buena voluntad de sus compañeros, dado que en caso de necesidad, interpondrán sus buenos oficios en su favor. ¿Le contó, por casualidad, el teniente Radcliffe cómo Budd saltó hábilmente en la proa de la balandra, bajo la popa del mercante, cuando se lo llevaban? Enmascarado tras esa especie de buen humor, resiente de corazón su leva. Usted ha tenido que observar su hermoso descaro. Una trampa puede ocultarse bajo primorosas joyitas.

Ahora bien, El Marinero Apuesto, como figura destacada entre los demás marineros, había atraído naturalmente la atención del capitán desde el comienzo. Aunque en general no era muy demostrativo con sus oficiales, había felicitado al teniente Radcliffe por su buena fortuna al elegir tan magnífico ejemplar del *genus homo*, quien, desnudo, bien podría haber posado para la estatua del joven Adán antes de la Caída. En cuanto a la despedida de Billy al Derechos del Hombre, que el teniente, obviamente, se la había contado, aunque de una manera diferente, más como una buena historia que otra cosa, el

capitán Vere, aunque interpretándola erradamente como un arranque satírico, precisamente debido a esto, se había tomado la mejor de las impresiones de aquel hombre. Como marino de guerra admiraba el espíritu que podía tomar un alistamiento tan arbitrario con tanta alegría y sensatez. La conducta del encargado de la cofa, hasta donde él podía haberse dado cuenta, había confirmado el feliz augurio inicial: en lo que hacía a las habilidades del recluta como “hombre de mar”, eran tales que él hasta había pensado en proponerlo al segundo comandante para que lo promoviera a un puesto en que lo tendría más frecuentemente bajo su observación directa, es decir, a la capitania de la mesana en la que reemplazaría para la vigilancia a estribor a un hombre ya mayor, al que en parte, debido a esa circunstancia, ya no consideraba apto para ese puesto. Digamos, entre paréntesis, que los vigías de la mesana no tienen que manejar paños de velamen tan pesados como los de las velas inferiores en el palo mayor y en el trinquete, de modo que un hombre joven, del temple apropiado, no sólo parece perfectamente apto para ese tipo de puesto, sino que se le suele seleccionar para la capitania de esa cofa y la tripulación que tiene a sus órdenes son, con frecuencia, mozzalbetes. En suma, desde el principio, el capitán Vere había considerado a Billy Budd lo que en jerga naval de la época se llamaba “la ganga del Rey”, es decir, para la armada británica de Su Majestad una inversión importante sin ningún desembolso o uno muy reducido.

Tras una breve pausa durante la cual todos los recuerdos antes mencionados pasaron vívidamente por su mente, sopesó la importancia de la sugerencia final de Claggart, implícita en la expresión de que “una trampa puede esconderse bajo las primorosas joyitas”, y mientras más sopesaba, menos confiaba en la buena intención del informante. De repente se dirigió a éste, y en voz baja preguntó:

—¿Me viene a mí, maestro de armas, con un cuento tan confuso? En cuanto a Budd, cíteme un acto o una palabra suyas confirmatorias de lo que usted en general lo acusa. ¡Tenga

cuidado con lo que dice! –Acercándose más añadió– En este momento y en un caso como éste, por falso testimonio se termina en la punta de los palos.

–¡Ay, su señoría! –suspiró Claggart, moviendo suavemente su bien formada cabeza, como una triste deprecación por tan inmerecida severidad en el tono. Luego, irguiéndose como en virtuosa autoafirmación, citó textualmente ciertas palabras y actos que, si fueran confirmados colectivamente, llevaban a suposiciones que inculpaban mortalmente a Budd, y añadió que, para algunas de esas declaraciones, no tardaría en tenerse prueba definitiva.

Con sus ojos grises ya impacientes y desconfiados intentando sondear hasta el fondo de los tranquilos violetas de Claggart, el capitán Vere volvió a escucharle; luego, por un momento, quedó sumido en reflexiones. En cuanto a la disposición de ánimo que demostraba, Claggart, entonces libre del escrutinio del otro, la exhibía con una mirada difícil de describir: una mirada curiosa del efecto de sus tácticas, una mirada como la que debe haber tenido el vocero de los envidiosos hijos de Jacob, que engañaron al atribulado patriarca con la túnica teñida de sangre del joven José.

Aunque algo excepcional en la fibra moral del capitán Vere hacía que en un encuentro con otro hombre, hiciera un verdadero examen crítico de la naturaleza esencial del otro, ahora, sin embargo, frente a Claggart y con respecto a qué era lo que realmente pasaba por su cabeza, su sentimiento participaba menos de una convicción intuitiva que de una fuerte sospecha obstruida por extrañas dudas. La perplejidad provenía no tanto del hombre contra quien se le estaba informando –como indudablemente opinaba Claggart– como de las consideraciones respecto a de qué modo actuar mejor con respecto al informante. Al principio, desde luego, era partidario de exigir la presentación de las pruebas que Claggart decía estaban a mano. Pero este procedimiento tendría como consecuencia que el asunto de inmediato se hiciera público, lo cual, en el estado actual, pensó, podría afectar inconvenien-

temente a la tripulación. Si Claggart era un testigo falso, eso cerraba el caso y por ello, antes de someter a prueba la acusación, primero sometería a prueba al acusador, y pensó que podía hacerlo de una manera tranquila que pasara inadvertida.

La medida que decidió tomar significaba un cambio de escenario a un lugar menos expuesto a la observación de los hombres del alcázar. Pues, aunque de acuerdo con la etiqueta naval, los pocos oficiales que estaban en sus cuartos de proa se habían retirado a sotavento en el momento que el capitán iniciara su paseo a barlovento de la cubierta; y aunque durante la conversación con Claggart, por supuesto no se aventuraron a disminuir la distancia; y aunque durante la entrevista la voz del capitán Vere no fue de ningún modo alta, y la de Claggart argentina y baja; y aunque el viento en el aparejo y el mar con su oleaje contribuían a hacer todavía más difícil que escuchar; a pesar de todo ello, lo prolongado de la entrevista había atraído ya la atención de algunos hombres de las cofas y de otros marineros en el combés o más adelante.

Habiendo decidido sus medidas, el capitán Vere se lanzó de inmediato a la acción. Volviéndose bruscamente hacia Claggart, le preguntó:

—Maestro de armas, ¿está Budd de guardia en la cofa?

—No, su señoría.

—Señor Wilkes —dijo entonces el capitán de inmediato, llamando a su presencia al guardiamarina más próximo—. Dígale a Albert que venga a verme—. Albert era el muchachito encargado de la hamaca del capitán, una especie de valet marino en cuya discreción y fidelidad el capitán tenía mucha confianza. El muchacho apareció—. ¿Conoces a Budd, el encargado de la cofa de trinquete?

—Lo conozco señor.

—Ve a buscarlo. Está libre de la guardia. Arréglate para decirle que se le busca a popa sin que nadie te escuche. Indícale que no hable con nadie. Haz que sólo hable contigo. Sólo cuando lleguen aquí, podrás decirle que el lugar en donde se le requiere es mi cabina. Tú me entiendes. Anda.

–Maestro de armas, déjese ver en las cubiertas inferiores y cuando crea que es tiempo de que Albert esté viniendo con su hombre, esté listo para entrar silenciosamente tras el marinero.

XIX

Cuando el encargado de la cofa de trinquete se encontró en la cabina encerrado allí, como estaba, con el capitán y con Claggart, se sintió muy sorprendido. Pero fue una sorpresa carente de aprensión o desconfianza. Para un carácter inmaduro, esencialmente honesto y humano, los avisos premonitorios de un peligro sutil, proveniente de otro individuo, suelen llegar tarde si es que llegan. El único pensamiento que tomó forma en la mente del joven marinero fue: “Sí, el capitán, siempre lo he pensado, me mira con amabilidad. Me pregunto si va a pedirme que sea su timonel. Eso me encantaría, y quizás ahora va a interrogar al maestro de armas sobre mí”.

—Cierre la puerta, centinela —dijo el comandante—. Quédese fuera y no deje entrar a nadie. Ahora, maestro de armas, dígame a este hombre en la cara lo que me ha dicho de él—. Y se preparó para escrutar ambos rostros enfrentados.

Con el paso mesurado y el aire reconcentrado de un médico de casa de orates, aproximándose en la sala pública a algún enfermo que comenzara a mostrar síntomas de paroxismo inminente, Claggart cortó deliberadamente la distancia con Billy y, mirándolo hipnóticamente a los ojos, recapituló brevemente la acusación.

Al principio, Billy no entendió. Cuando lo hizo, el rosa canela de sus mejillas pareció cubrirse como de una lepra blanca. Se quedó como empalado y amordazado. Mientras tanto, los ojos del acusador, que seguían fijos en los azules dilatados, experimentaron un cambio fenomenal: su habitual color violeta oscuro se transformó en púrpura turbio. Aquellas luces de inteligencia, perdiendo su expresión humana, sobresalían heladamente como los ojos alienados de ciertas criaturas del abismo aún no catalogadas. La primera mirada hipnótica era la de una fascinación serpentina; la última, el paralizante bandazo de un pez torpedo.

—¡Hable, hombre! —dijo el capitán Vere atónito, Impresionado por su aspecto más que por el de Claggart—. ¡Hable! ¡Defiéndase!

Esa petición provocó en Billy unos gestos y gorgoteos raros y torpes. El asombro ante una acusación lanzada de improviso contra su juventud inexperta, y quizá también el horror sentido hacia el acusador, hicieron aparecer su oculto defecto, que en ese momento se intensificó hasta convertirse en un convulso nudo en la garganta. Mientras su cabeza y todo su cuerpo se esforzaban en una agonía de ineficaz disposición a obedecer y defenderse, su cara adoptó la expresión de una condenada vestal en el momento de ser enterrada viva y en su primer esfuerzo para evitar la sofocación.

Aunque hasta entonces el capitán Vere había ignorado el defecto vocal de Billy, lo adivinó de inmediato, dado que el aspecto del joven le recordó vívidamente el de otro, un inteligente compañero de estudios a quien había visto vencido por la misma asombrosa impotencia al levantarse ansiosamente en la clase para ser el primero en responder a una pregunta del maestro. Acercándose al joven marinero, y poniéndole suavemente la mano en el hombro dijo:

—No hay prisa, mi muchacho. Tienes tiempo, tienes tiempo.

El tono paternal de estas palabras produjeron el efecto contrario al deseado, pues indudablemente habían conmovido a Billy y lo indujeron a un esfuerzo más rápido y más violento para hablar, esfuerzo que terminó por acentuar la parálisis y por dar a su cara una expresión de crucifixión. Al instante siguiente, con la rapidez de la llama de un cañón disparado en la noche, lanzó su brazo derecho hacia adelante y Claggart se desplomó en el suelo. Haya sido a propósito o bien debido a la mayor estatura del joven atleta, el golpe le había dado de lleno en la frente tan bien formada y de aspecto intelectual del maestro de armas. Este cayó cuan largo era, como un tablón que se inclina desde su posición vertical. Jadeó una o dos veces y se quedó inmóvil.

—¡Desgraciado muchacho! ¡Qué has hecho! Ven, ayúdame.

Entre los dos alzaron por la cintura al caído hasta dejarlo sentado. Aquel delgado cuerpo cedió con facilidad, pero siguió inerte. Fue como sostener una serpiente muerta. Volvieron a recostarlo. Enderezándose, el capitán Vere se cubrió la cara con una mano y se quedó tan impassible como el objeto que yacía a sus pies. ¿Se hallaba absorto, recogiendo en su interior todas las consecuencias de la acción y considerando qué sería lo mejor que podría hacerse no sólo en ese Instante, sino también posteriormente? Lentamente se descubrió el rostro y el efecto fue igual a si la luna, emergiendo de un eclipse, reapareciera con un aspecto bien distinto a aquel con el que se había ocultado. El padre que en él había manifestado hasta entonces hacia Billy en aquella escena, fue reemplazado por el disciplinario militar. Con tono oficial le ordenó al encargado de la cofa que se retirara a uno de los compartimentos a popa, señalándoselo, y que se quedara allí hasta nueva orden. Billy obedeció al mandato mecánicamente, en silencio. Luego, yendo a la puerta de la cabina que miraba hacia el alcázar, el capitán Vere dijo al centinela allí apostado:

—Dígale a alguien que mande a Albert.

Cuando el muchacho apareció, el capitán se las arregló para que no viera al caído.

—Albert —le dijo—, dile al médico que deseo verlo. No vuelvas hasta que te llame.

Cuando el médico entró —un tipo equilibrado, de gran juicio y a quien debido a su experiencia, nada lo tomaba por sorpresa—, el capitán Vere se adelantó a recibirlo, inconscientemente, interceptando la vista de Claggart e, interrumpiendo, a la vez, el ceremonioso saludo habitual del otro.

—Dígame cómo está ese hombre —le dijo, dirigiendo su atención hacia la postrada figura.

El médico lo miró, y a pesar de todo el dominio que tenía sobre sí mismo, quedó algo asustado por la brusca revelación. Sobre la cara siempre pálida de Claggart iba escurriéndose una

sangre negruzca y espesa, proveniente de la oreja y la nariz. Para el avezado ojo profesional, no era indudablemente un hombre con vida.

—¿Es así, entonces? —dijo el capitán Vere, mirándolo fijamente—. Lo pensé. Pero verifíquelo.

De inmediato las pruebas rutinarias confirmaron la primera impresión del doctor, quien ahora alzando la vista con evidente preocupación, dirigió una mirada de intensa curiosidad a su superior. Pero el capitán Vere, con una mano en la frente, estaba de pie, inmóvil. De pronto, agarrando el brazo del médico, convulsivamente exclamó, señalando el cuerpo:

—¡Es el juicio divino sobre Ananías! ¡Mire!

Trastornado por el excitado comportamiento que jamás antes había observado en el capitán del Bellipotent, y como hasta ahora ignoraba completamente el asunto, el prudente médico, sin embargo, conservó la calma, interrogando sólo otra vez con los ojos acerca de qué había provocado tal tragedia.

Pero el capitán Vere nuevamente estaba por completo inmóvil, absorto en su pensamiento, y luego exclamó vehementemente:

—¡Golpeado de muerte por un ángel de Dios! ¡Sin embargo, el ángel debe ser colgado!

Ante estas apasionadas interjecciones, meras incoherencias para el que escuchaba, por cuanto desconocía los antecedentes, el médico se sintió profundamente perturbado. Pero entonces, recuperándose, el capitán Vere, en un tono menos apasionado, relató brevemente las circunstancias que habían conducido al evento.

—Pero venga, hemos de acabar con esto —añadió—. Ayúdeme a sacarlo de aquí y llevarlo a ese compartimento —dijo señalando uno opuesto a aquel en que el encargado de la cofa permanecía confinado.

Nuevamente trastornado por una petición que, dado que implicaba cierto deseo de ocultamiento, le parecía verdadera-

mente extraña, el subordinado no tuvo más remedio que acceder.

—Váyase ahora —dijo el capitán Vere con algo de ese tono autoritario común en él—. Váyase. Inmediatamente convocaré a un consejo de guerra a bordo. Cuénteles a los tenientes y dígame al señor Mordant —refiriéndose al capitán de infantería de marina—, y recomíéndeles que guarden el asunto para ellos mismos.

XX

Lleno de inquietud y recelo, el médico abandonó la cabina. ¿Estaba el capitán Vere repentinamente trastornado, o era sólo una excitación transitoria producida por una tragedia tan extraña y extraordinaria? En cuanto al consejo de guerra, le pareció impolítico, si no más grave. Lo que había que hacer pensó, en un caso tan extraordinario como éste, era confinar a Billy Budd y, de acuerdo a la costumbre naval, posponer toda acción hasta reunirse con la flota y luego derivarlo al almirante. Recordó la desacostumbrada agitación del capitán Vere y sus excitadas exclamaciones, tan en desacuerdo con su manera de ser. ¿Está desequilibrado? Pero suponiendo que lo esté no es susceptible de prueba. ¿Qué puede hacer entonces un médico? No hay peor situación que la de un oficial subordinado a un capitán de quien sospecha no que está loco, pero sí un tanto afectado en sus facultades mentales. Discutir sus órdenes sería insolencia; resistirlas, rebelión.

Obedeciendo al capitán Vere, comunicó lo que había sucedido a los tenientes y al capitán de los infantes de marina, no diciéndoles nada sobre el estado del capitán. Compartieron totalmente su sorpresa y preocupación. Como él, también parecían pensar que un asunto de ese tipo debía ser remitido al almirante.

XXI

¿Quién en el arco iris puede trazar la línea donde termina el violeta y comienza el anaranjado? Vemos claramente la diferencia de colores, pero ¿dónde, exactamente, se confunde el primero con el segundo? Lo mismo sucede con la salud mental y la locura. En casos muy evidentes, no hay ninguna duda al respecto. Pero en otros, menos pronunciados, pocos se atreverán a trazar la línea demarcatoria, aunque por honorarios algunos peritos profesionales se animarían. No hay nada nombrable que algunos hombres no hagan, si se les paga por ello.

Que el capitán Vere fuera realmente víctima repentina de algún grado de anomalía, como profesionalmente lo supuso el médico, cada uno lo determinará por sí mismo a la luz de esta narración.

Es verdad que el desgraciado suceso que ha sido narrado no habría podido suceder en peor momento. Porque fue pisando los talones a las sofocadas insurrecciones, un tiempo muy crítico para la autoridad naval, que exigía de cada comandante inglés dos cualidades realmente no amalgamadas: prudencia y rigor. Más aún, había algo crucial en el caso.

En el malabarismo de circunstancias que precedieron y acompañaron el suceso a bordo del *Bellipotent*, y a la luz del código militar por el que había de ser juzgado formalmente, la inocencia y la culpa, personificadas respectivamente en Claggard y Budd habían trastocado lugares. Desde el punto de vista legal, la víctima aparente de la tragedia era quien había buscado victimizar a un hombre intachable; y la indiscutible acción de este último, desde el punto de vista naval, constituía el más horrendo de los crímenes militares. Aun más. Lo esencialmente justo e injusto implícito en el asunto, por más claro que fuera, agravaba la responsabilidad de un leal comandante naval. dado que no estaba autorizado para determinar la cuestión sobre bases tan primitivas.

No es de sorprenderse, entonces, que el capitán del Bellipotent, aunque era en general un hombre de decisión rápida, sintiera más necesaria la prudencia que la rapidez. Hasta que él decidiera con precisión cuál sería el curso de los acontecimientos en todos sus detalles, y no sólo eso, sino hasta que la última de las medidas estuviera a punto de tomarse, consideró aconsejable, en vista de las circunstancias, evitar al máximo la publicidad. Aquí puede (o no) haber errado. Porque lo cierto es, sin embargo, que posteriormente, en la charla confidencial de uno o dos camarotes y cabinas, fue criticado no poco por algunos oficiales, hecho este que sus amigos, y sobre todo, de modo vehemente, su primo Jack Denton atribuyeron a los celos profesionales contra el Rutilante Vere. Había cierta base imaginativa para el comentario envidioso. El mantener todo el asunto en secreto; el limitar todo el conocimiento del mismo, durante cierto tiempo, al lugar en donde el homicidio había acaecido, la cabina del alcázar; en estos detalles había cierto parecido a la política adoptada en las tragedias de palacio que han ocurrido más de una vez en las capitales fundadas por Pedro el Bárbaro.

El caso era tal que, en realidad, el capitán del Bellipotent hubiese retardado gustosamente cualquier acción más allá de mantener al encargado de la cofa incomunicado en prisión hasta que el barco se reuniera con la flota y allí someter el asunto al juicio de su almirante.

Pero un verdadero oficial militar es, en cierto sentido, como un monje. Este no cumplirá sus votos de obediencia monástica con más abnegación que aquél sus votos de lealtad al deber militar.

Sentía que si no adoptaba rápidas medidas sobre aquel asunto, la acción del encargado de la cofa, apenas se hubiese conocido, habría podido volver encender la llama del Nore, todavía viva entre la tripulación. Pero, aun siendo un amante de la disciplina, no amaba la autoridad por la autoridad. Nada más lejos de su intención que aprovechar la mínima ocasión para monopolizar en sus manos los peligros de la responsabi-

lidad moral, al menos no los que, en derecho, podía traspasar a un oficial superior o compartir con los oficiales de su mismo grado o incluso de grado inferior. Con estos pensamientos, se contentó con no variar su costumbre planteando la cuestión a un tribunal formado por sus oficiales, reservándose, visto que sobre el recaía la responsabilidad formal, el derecho de presidirlo y, en su caso, de intervenir oficial y no oficialmente. Por tanto, se convocó un tribunal sumario con los miembros que el mismo eligió: el teniente primero, el capitán de infantería de marina y el primer oficial.

Al implicar a un capitán de infantería de marina con el teniente primero y el primer oficial, quizá el comandante se alejaba de lo habitual. Actuó movido por la circunstancia de que, a su parecer, aquel soldado era una persona juiciosa, reflexiva, no del todo carente de recursos en una situación difícil y sin precedentes en su pasada experiencia. Sin embargo, también respecto a él sentía el capitán una aprensión latente; se trataba de hecho de un buen hombre, amante de la buena mesa, capaz de abandonarse a un sueño profundo, tendente a la obesidad, un hombre que, siempre valiente en combate, quién sabe si se mostraría tan templado frente a ese trágico dilema. Por cuanto se refiere al teniente primero y al primer oficial, el capitán Vere era consciente de que, aun siendo personas honestas y de probado valor cuando las circunstancias lo requerían, tenían una visión limitada como mucho a los problemas concretos de la vida a bordo y a las exigencias bélicas de la profesión. El tribunal se reunió en la misma cabina en que había sucedido el desafortunado incidente. Esta cabina, que era la del comandante, estaba totalmente bajo la cubierta de popa. A ambos lados de la popa había sendas cabinas, una destinada provisionalmente a servir de celda y la otra de depósito mortuorio, y un vano aún más pequeño que dejaba en medio un espacio que se extendía hacia proa y, curvándose, coincidía con el bao de la nave. En lo alto había un lucernario de reducidas dimensiones y en los extremos de este

espacio dos troneras de guillotina, fácilmente convertibles en aperturas para cañones cortos.

Todo estuvo listo en poco tiempo, y Billy Budd fue formalmente acusado. El capitán Vere, como único testigo del caso abandonó temporalmente su grado, aunque lo conservó en algo aparentemente fútil: testimoniaba a sotavento de la nave, obligando al tribunal a situarse a sotavento. De modo conciso refirió todo cuando había llevado a esa situación, sin olvidar la acusación de Claggart y describiendo con precisión como la había recibido el prisionero. Durante el testimonio del capitán, los tres oficiales lanzaron miradas de sorpresa a Billy Budd, el último hombre de la nave del que habrían sospechado tanto que pudiese preparar un motín como que hubiese podido cometer el acto que se juzgaba. El primer oficial, presidiendo el proceso y dirigiéndose hacia el prisionero dijo:

—El capitán Vere ha expuesto los hechos. ¿Son o no como afirma el capitán Vere?

Como única respuesta se oyeron palabras no entorpecidas por tartamudeo alguno, como habría sido de esperar.

—El capitán Vere dice la verdad. Es como dice el capitán Vere, pero no como afirmaba el maestro de armas. He comido el pan del Rey y soy fiel al Rey.

—Te creo, mi hombre —dijo el testigo, y su voz indicaba una emoción reprimida, pero de ningún modo traicionada.

—Dios lo bendecirá por esto, su señoría —dijo Billy no sin tartamudear y se desmoronó. Pero inmediatamente otra pregunta que se le formuló, lo llamó a retomar el control de sí mismo y con idéntica dificultad emocional en la pronunciación, dijo:

—No, no había ningún rencor entre nosotros. Jamás le tuve inquina al maestro de armas. Lamento que esté muerto. No fue mi intención matarlo. Si hubiere podido usar mi lengua, no lo hubiera golpeado. Pero mintió vilmente en mi cara y en presencia de mi capitán, y yo tenía que decir algo, y sólo lo pude decir con un golpe. ¡Dios se apiade de mí!

En la manera impulsiva, con la mayor franqueza, con que dijo lo anterior, el tribunal vio confirmado todo lo que estaba implícito en las palabras que previamente los habían dejado perplejos, dado que provenían del testigo de la tragedia e inmediatamente seguidas por el descargo de Billy de su intención de amotinarse; es decir, las palabras del capitán Vere: “Te creo, mi hombre”.

Luego se le interrogó acerca de si él tenía conocimiento o sospecha de que algún trastorno incipiente (queriendo significar motín, pero evitando especialmente el uso de la palabra) se estuviera gestando en algunas de las secciones de la tripulación.

La respuesta tardó. El tribunal lo atribuyó, naturalmente, al mismo impedimento vocal que había obstruido o retardado las respuestas anteriores. Pero, en realidad, era otra cosa; la pregunta había traído inmediatamente a su memoria la entrevista con el vigía a popa en las cadenas a proa. Pero tenía una repugnancia innata a jugar el papel de informante contra un propio compañero —el mismo sentido errado del honor no educado que le había impedido reportar el asunto, en su momento—; como marinero de guerra leal, ese era su deber y el no haberlo hecho podría, si se le acusaba y probaba, hacerlo susceptible de la más grave de las penas. Esto prevaleció en él, con la ciega sensación de que en realidad no se tramaba nada. Cuando la respuesta vino, fue negativa.

—Una pregunta más —dijo el oficial de infantería de marina, hablando por primera vez y con atribulada seriedad—. Usted nos dice que lo que el maestro de armas dijo en su contra era una mentira. Ahora, ¿por qué habría de mentir tan maliciosamente si según lo que usted declara no había inquina entre ustedes?

Con esa pregunta tocaba, sin darse cuenta, un aspecto espiritual totalmente oscuro para los pensamientos de Billy, por lo que éste se quedó estupefacto, y mostró una confusión que, ciertamente, algunos observadores, como puede imaginarse, podrían haber interpretado como prueba involuntaria

de una culpa secreta. A pesar de todo, se esforzó por encontrar una respuesta, pero inmediatamente renunció a seguir aquel vano intento, a la vez que miraba de modo suplicante al capitán Vere, como si lo considerase su mejor aliado y amigo. El capitán Vere, que se había sentado un rato, se puso de pie, dirigiéndose al interrogador:

—La pregunta que usted hace es más que natural. Pero ¿cómo puede él contestársela correctamente? ¿O puede hacerlo otro que no sea el que yace ahí adentro? —señalando el compartimento donde yacía el cadáver—. Pero el que está allí tendido no se levantará para responder a nuestro interrogante. De hecho, me parece a mí que el punto que usted toca no es pertinente, por cuanto, al margen de cualquier motivo concebible que haya tenido el maestro de armas, y sin tomar en cuenta la provocación del golpe, un consejo de guerra debe, en el caso presente, limitar su atención a la consecuencia del golpe, consecuencia que sólo hay que juzgar como acto del golpeador.

Esta declaración, cuyo significado cabal era difícil que Billy hubiese comprendido del todo, provocó en éste, a pesar de ello, una mirada de ansiosa interrogación hacia quien hablaba; una mirada que en su silenciosa expresividad parecía la que un perro de generosa raza dirige a su amo, buscando en la cara de éste algún signo de aclaración por un gesto anterior ambiguo para su inteligencia canina. Aquella manifestación del capitán no careció tampoco de efecto en los tres oficiales, específicamente en el militar. Les pareció que había oculta en ella un significado no previsto que implicaba un prejuicio por parte de quien hablaba. Sirvió para aumentar su desconcierto, ya bastante evidente con anterioridad.

Una vez más habló el militar, con un tono que indicaba cierta duda al dirigirse a los otros jurados y al capitán Vere:

—No hay nadie presente (quiero decir de la tripulación del barco) que pueda arrojar alguna luz, si es que es posible, sobre lo que sigue siendo misterioso en este asunto.

—Eso está planteado muy inteligentemente —dijo el capitán Vere—. Me doy cuenta adónde quiere ir. Sí, hay aquí un misterio; pero es, para usar una frase de las Sagradas Escrituras, un “misterio de iniquidad”, un tema que sólo los teólogos psicólogos pueden discutir. ¿Pero qué tiene que ver un consejo de guerra con esto? Sin tener en cuenta, además, que cualquier posible investigación es inútil, dado que el muerto ya no puede hablar —y señaló nuevamente al compartimento mortuario—. La acción del prisionero: de ella y únicamente de ella hemos de ocuparnos.

A estas palabras, y especialmente a la reiteración final, el militar no supo qué responder y, tristemente, se abstuvo de decir nada más. El teniente primero, quien al principio había asumido, con bastante naturalidad, la primacía del tribunal, volvió a hacerse cargo de ella, obedeciendo a una mirada del capitán Vere, mirada mucho más eficaz que cualquier palabra. Volviéndose al prisionero:

—Budd —dijo y en tono sorprendentemente tranquilo continuó— Budd, si tiene algo más que agregar en su defensa, dígalo ahora.

Ante esto, el joven marinero volvió a darle otra rápida mirada al capitán Vere; luego, como si el aspecto de éste le hubiese servido de indicación —indicación que confirmaba su propio instinto de que el silencio era ahora lo mejor—, replicó al teniente:

—Lo he dicho todo, señor.

El infante de marina, el mismo que había estado de centinela en la puerta de la cabina en el momento en que el encargado de la cofa, seguido por el maestro de armas, había entrado en ella, se había mantenido de pie al lado del marinero durante todo el procedimiento judicial y fue a él a quien se le ordenó que lo llevara de vuelta al compartimento contiguo, originalmente asignado al prisionero y su custodia. Tan pronto los dos desaparecieron los tres oficiales, como liberados parcialmente de algún freno interior asociado con la mera presencia de Billy, se agitaron simultáneamente en sus asien-

tos. Intercambiaron miradas de preocupada indecisión, sintiendo, sin embargo, que debían decidir sin demasiada demora. En cuanto al capitán Vere, estaba de pie, dándoles inconscientemente la espalda, tal vez aparentemente perdido en sus acostumbradas elucubraciones, mirando a través de una de las troneras de guillotina a barlovento hacia la lechosa monotonía del mar crepuscular. Pero el prolongado silencio de la corte, interrumpido por momentos por breves consultas hechas en voz baja, pareció servir para despertarlo y activarlo. Volviéndose, recorrió la cabina de un lado a otro; al ascender, de retorno, hacia barlovento, subió por la cubierta inclinada a sota-vento debido al balanceo. Sin saberlo, simbolizaba de este modo, con su acción, una mente resuelta a superar dificultades, incluso aunque tuviera que ir contra instintos primitivos tan fuertes como el viento y el mar.

De pronto, se detuvo ante los tres. Tras escudriñar sus caras, se paró, no como queriendo reunir sus pensamientos para expresarlos, sino más bien como tratando deliberadamente, en su interior, de encontrar la mejor manera de exponerlos a estos hombres llenos de buena voluntad, pero inmaduros intelectualmente, individuos a los cuales era necesario demostrar ciertos principios que para él constituían verdaderos axiomas. Esa misma impaciencia al hablar, es quizás una de las razones que desanima a algunas personas para hacerlo en asambleas populares.

Cuando por fin habló, había algo en el fondo de lo que dijo como en la manera de decirlo que mostraba la influencia de estudios solitarios que habían modificado y templado el entrenamiento práctico de una carrera activa. Esto, junto con su fraseología, sugería de vez en cuando, que había pie para esa imputación de pedantería que le hacían algunas personas, sobre todo ciertos hombres de mar de tipo enteramente práctico, capitanes que, sin embargo, concederían con toda franqueza que la armada de Su Majestad no disponía de otro oficial de su grado más eficaz que el “Rutilante Vere”.

Lo que dijo fue lo siguiente:

—Hasta este instante no he sido más que testigo, o poco más, y difícilmente podría pensar en adoptar ahora otro carácter, como el de vuestro coadjutor, si no advirtiera en vosotros, en este momento crítico, una perturbada vacilación, proveniente, pero lo dudo, del choque entre el deber militar y el escrúpulo moral, escrúpulo animado por la compasión. En cuanto a ésta, ¿cómo podría no compartirla? Pero consciente de mis obligaciones superiores, lucho contra los escrúpulos que pueden coartar la decisión. No es, caballeros, que yo me oculte a mí mismo que éste es un caso excepcional. Mirado especulativamente, bien podría ser derivado a un tribunal de casuistas. Pero para nosotros aquí, actuando no como casuistas o moralistas, éste es un caso práctico que debe ser decidido de acuerdo con la ley marcial. Pero vuestros escrúpulos, ¿se mueven en las tinieblas? Desafiadlos. Hacedlos avanzar y descubrirse. Vamos, quizá signifiquen algo como esto: si prescindiendo de las circunstancias atenuantes, estamos obligados a considerar la muerte del maestro de armas como un acto del prisionero, entonces, ¿es este acto un crimen capital, cuyo castigo sea la pena de muerte? De acuerdo a la justicia natural, ¿hay que considerar solamente el acto del prisionero? ¿Podemos condenar a muerte sumaria y vergonzosa a una criatura inocente? ¿Es acertado plantearlo de este modo? Asentís con tristeza. Yo también siento lo mismo con igual fuerza. Es la naturaleza. Pero, ¿estos botones que lucimos testimonian acaso nuestra lealtad a la naturaleza? No: al Rey. Aunque el océano, que es naturaleza prístina inviolada, sea el elemento en que nos movemos y vivimos como marineros, ¿está acaso nuestro deber como oficiales del Rey en una esfera asimismo natural? Tan poco cierto es esto que cuando recibimos nuestras órdenes en la mayoría de los asuntos importantes, dejamos de ser agentes naturales libres. Cuando se declara la guerra ¿se nos consulta previamente a nosotros, los combatientes encargados de ella? Luchamos cumpliendo órdenes. Si nuestro juicio aprueba la guerra, es mera coincidencia. Así es en otros aspectos; así es ahora. Siguiendo este procedimiento en-

tonces, ¿seríamos realmente nosotros quienes condenaríamos o actuaría por nuestro intermedio la ley marcial? Por esa ley y por el rigor de esa ley, nosotros no somos responsables. Nuestra jurada responsabilidad está sólo en esto: que por despiadada que sea la ley, tenemos que atenernos a ella y aplicarla. Pero lo excepcional del caso conmueve vuestros corazones; incluso el mío también está conmovido, pero no permitamos que corazones calientes traicionen a cabezas que deben mantenerse frías. En tierra, en un caso criminal, ¿podría un juez equitativo permitirse, fuera del estrado, el dejarse abordar por una tierna pariente del acusado que buscara ablandarle el corazón con su lloroso ruego?; el corazón es aquí como esa mujer lastimera. El corazón es la parte femenina del varón, y por más que cueste, debe ser dejado de lado.

Hizo una pausa, mirándolos seriamente durante un momento; luego, prosiguió:

—Pero algo en vuestro aspecto parece insistir en que no es únicamente el corazón lo que os conmueve, sino también la conciencia, la conciencia particular de cada uno. Entonces, díganme: ocupando la posición que nosotros ocupamos, ¿esta conciencia particular ha de ceder o no ante la imperial, formulada en el código bajo el cual única y oficialmente procedemos?

Aquí los tres hombres se movieron en sus asientos, menos convencidos que agitados por el curso de un razonamiento que trastornaba aun más el conflicto espontáneo en su interior.

Percibiéndolo, el orador se detuvo por un instante; luego, cambiando bruscamente de tono, continuó:

—Para tranquilizarnos un poco, recurramos a los hechos. En tiempo de guerra, en el mar, un marinero golpea a un superior de grado y el golpe es mortal. Independientemente de su efecto, el golpe es, de acuerdo a los Artículos de Guerra, un delito gravísimo. Además...

—Ay, señor —emocionalmente interrumpió el militar—, en cierto sentido lo fue. Pero de seguro, Budd no se proponía ni el motín ni el homicidio.

—De seguro que no, mi buen hombre. Y ante una corte menos arbitraria y más misericordiosa, que una marcial, ese alegato atenuaría grandemente la gravedad. Y en el Tribunal de Última Instancia conseguiría la absolución. Pero aquí ¿cómo? Procedemos de acuerdo a la ley de Amotinamiento. Ningún niño se parece más en sus características a su padre que en lo que en espíritu se parece esta ley a lo que la origina: la guerra. Al servicio de Su Majestad, en este barco, desde luego, hay ingleses obligados a luchar contra su voluntad por el Rey. Y contra su conciencia, como deberíamos saber. Aunque como compañeros, nosotros apreciamos su posición, ¿qué nos importa, como oficiales de la armada? Y menos aún le importa al enemigo. Con la misma guadaña haría caer gustoso tanto a nuestros voluntarios como a los de la leva forzosa. Con respecto a los concriptos navales de nuestro enemigo, seguramente muchos de ellos comparten con nosotros nuestro aborrecimiento por el regicida Directorio francés. Es lo mismo en nuestro lado. La guerra sólo se preocupa de la fachada, de la apariencia. Y la Ley de Amotinamiento, hija de la guerra, se parece a su padre. La intención de Budd o su carencia, no tiene nada que ver con el asunto. Pero mientras debido a vuestras dudas que, no puedo menos que respetar, extrañamente prolongamos este debate que debería ser sumárisimo, yo no dejo de repetirme que el enemigo puede que sea avistado y debemos trabarnos en combate. Debemos resolver y sólo podemos hacer una de dos: condenar o absolver.

—¿Podemos declararlo culpable y a la vez reducir la pena? —preguntó el piloto, quien habló por primera vez, titubeando.

—Caballeros, si eso fuera claramente legal en las actuales circunstancias, consideren las consecuencias de esa clemencia. La gente —refiriéndose a la tripulación— tiene un sentido innato; la mayoría de ellos están familiarizados con nuestras costumbres y tradiciones navales, ¿y cómo lo tomarían? Aunque

se les explicara, lo que nuestro rango nos prohíbe, ellos, desde tanto tiempo amoldados a la disciplina arbitraria, no poseen esa clase de inteligente sensibilidad que puede calificarlos para comprender y discriminar. No, para la gente, la acción del encargado de la cofa, sean cuales sean las palabras con que se la anuncia, será un homicidio clarísimo, cometido en un acto flagrante de amotinamiento. La penalidad que corresponde a eso ellos la conocen. Pero ese castigo no se cumple. ¿Por qué?, todos se preguntarán. Ustedes saben cómo son los marineros. ¿No volverán a pensar, entonces en el estallido del Nore? ¡Ay!, conocen la bien fundada alarma, el pánico que se extendió por toda Inglaterra. Considerarán vuestra clemencia producto de vuestra pusilanimidad. Pensarán que nos acobardamos, que les tenemos miedo. Que tememos poner en práctica un rigor justiciero, que en esta coyuntura es especialmente necesario, por temor de provocar nuevos trastornos. ¡Qué vergüenza sería para nosotros esa presunción de parte de ellos y qué fatal resultaría para la disciplina! Ven ustedes, pues, donde me dirijo rectamente, impulsado por el deber y la ley. Les suplico, mis amigos, no me tomen a mal. Siento lo mismo que ustedes por este desgraciado muchacho. Pero si él conociera nuestros corazones, siento que, por ser de una naturaleza generosa, comprendería a qué pesada obligación militar estamos sometidos.

Con esto último, concluyó, volviendo a su lugar junto a la tronera de guillotina y dejando tácitamente que los tres tomaran una decisión. En el lado opuesto de la cabina, el atribulado tribunal permanecía silencioso. Vasallos leales, simples y prácticos, por más que en el fondo disintieran con algunos de los puntos que el capitán Vere les había planteado, carecían de la facultad y apenas si se sentían inclinados a contradecir a quien consideraban como un hombre serio, quien era su superior no sólo en inteligencia, sino en rango naval. Pero no es improbable que incluso aquellas palabras que les habían afectado les causaran menos efecto que su apelación final a su instinto de oficiales de marina, sobre todo pensando en lo que

les había dicho de las consecuencias prácticas en cuanto a la disciplina, considerando el carácter poco habitual de la flota en aquellos tiempos. ¿Podría permitirse que la muerte violenta de un superior cometida a bordo por un marinero no fuera considerada como un delito gravísimo que exige un castigo inmediato?, más o menos similar a aquel con el cual actuó en 1842 el capitán del bergantín estadounidense Sommers al resolver, de acuerdo con los llamados Artículos de Guerra – Artículos elaborados según el modelo de la Ley de Amotinamiento Inglesa–, la ejecución a bordo de un guardiamarina y de dos oficiales subalternos, que, amotinados, intentaron apoderarse de la nave. Su resolución fue cumplida en tiempo de paz y sin estar muy lejos de la patria. Este acto fue posteriormente confirmado por una corte naval convocada en tierra, historia que aquí se cita sin comentario alguno. Verdad, las circunstancias a bordo del Sommers eran diferentes a aquellas que prevalecían en el Bellipotent. Pero la urgencia, fundada o no, era la misma.

Dice un escritor que pocos conocen: “Cuarenta años después de una batalla, es muy fácil para un no combatiente razonar acerca de cómo debería haberse peleado. Es muy distinto dirigir personalmente la acción bajo el fuego, mientras se está envuelto en su oscuro humo. Lo mismo sucede con otros casos de emergencia que sean motivo de consideraciones prácticas y morales, y cuando resulta imperativo actuar de inmediato. Cuanto mayor es la bruma, tanto más pone en peligro al buque, y se acelera la marcha aun con el riesgo de embestir a alguien. Poco imaginan los bien abrigados jugadores de cartas en la cabina las responsabilidades del hombre insomne en el puente de mando”.

En síntesis, Billy Budd fue formalmente condenado y sentenciado a ser jugado en el penol durante la guardia de la madrugada, pues aún era de noche. De no ser así la sentencia habría sido ejecutada de inmediato.

En tiempo de guerra en el campo de batalla o a bordo de un buque, la pena de muerte decretada por un consejo de gue-

rra –en los campos de batalla algunas veces era decretada con un movimiento de cabeza del general– se ejecuta sin dilación, luego de la declaración de culpabilidad, sin apelación.

XXII

Fue el propio capitán Vere quien, a solicitud suya, comunicó la decisión de la corte al prisionero, para lo cual se dirigió al compartimento en donde se hallaba custodiado y ordenó al infante de marina que se retirara.

Jamás se supo lo que, aparte de la notificación de la sentencia, sucedió en esa entrevista. Pero dado el carácter de ambos, encerrados brevemente en el compartimento, participando cada uno de las cualidades más extrañas de nuestra naturaleza —tan raras que eran más que increíbles para mentalidades comunes, por muy cultivadas que fueran—, podemos aventurar algunas conjeturas.

Habría estado de acuerdo con el espíritu del capitán Vere el que en esta ocasión no ocultara nada al condenado y le expusiera francamente el papel que él había desempeñado en la toma de la decisión, al tiempo que revelaba sus motivos. Por parte de Billy, no es improbable que tal confesión hubiese sido recibida con el mismo espíritu que la inspiró. No sin una especie de alegría, él habría apreciado la excelente opinión que de él tenía el capitán, implícita en tal confesión. Tampoco podría ser insensible a la sentencia misma que le era comunicada como a alguien que no tuviera miedo de morir. Incluso puede haber ido más lejos. El capitán Vere puede que al final haya desarrollado esa pasión latente bajo esa apariencia estoica o indiferente. Tenía edad suficiente como para haber sido el padre de Billy. Austero devoto del deber militar, dejándose derretir en lo que permanece siempre prístino en nuestra formalizada humanidad, al final bien podía haber albergado a Billy en su corazón, incluso como Abraham puede haberlo hecho con el joven Isaac en el momento en que estuvo decidido a ofrecerlo en muestra de obediencia al exigente mandato.

Pero no es posible hablar del sacramento que abrazan dos individuos pertenecientes a la gran orden de los más no-

bles de la Naturaleza, sacramento que rarísimas veces es revelado al inquieto mundo, en circunstancias totalmente semejantes a las que aquí se intentan describir. En el momento mismo del acontecimiento, está el hecho de que sucede en privado, de que es inviolable para el que sobrevive y de que el sagrado olvido –consecuencia de la más divina magnanimidad– lo cubre providencialmente al final.

El primero en encontrarse con el capitán Vere en el momento de abandonar el compartimento fue el teniente primero. El rostro que tenía, expresión de la agonía del hombre fuerte, fue para el teniente, aunque ya cincuentón, una revelación asombrosa. Que el condenado sufrió menos que aquel que fundamentalmente había efectuado la condena quedará, aparentemente, de manifiesto por la exclamación lanzada por el primero en la escena que a continuación se narrará.

XXIII

La narración se refiere con cierta extensión a una serie de hechos que se sucedieron rápidamente en un lapso breve, especialmente porque a veces será preciso alguna explicación o comentario para una mejor comprensión de tales hechos. Entre la entrada en la cabina de quien no la abandonó vivo y de aquel que cuando salió ya estaba condenado a morir, entre esto y la entrevista a solas que acabamos de contar, había transcurrido menos de una hora y media. Sin embargo, era un intervalo lo suficientemente largo como para que no pocos de los miembros de la tripulación se preguntaran que sería lo que estaría pasando en la cabina del capitán, con el maestro de armas y el marinero, porque el rumor de que ambos habían sido vistos al entrar, pero ninguno de los dos al salir, se había extendido por las baterías y las cofas. La gente a bordo de un gran barco de guerra se parece en cierto modo a los aldeanos, por cuanto toman nota microscópica de cualquier movimiento desacostumbrado o de la ausencia de aquellos a los que sí están habituados. Por ello, cuando todos fueron llamados en la segunda guardia —con un tiempo para nada tempestuoso—, orden que bajo tales circunstancias era insólita a esa hora, la tripulación estaba en cierto modo preparada para algún anuncio extraordinario, relacionado, además, con la prolongada ausencia de los dos hombres de sus lugares habituales.

El mar estaba calmo y la luna, recién aparecida y casi llena, plateaba la cubierta de guindaste, manchada por las sombras que lanzaban horizontalmente hombres y aparejos. A cada lado del alcázar se ubicó la guardia de infantes de marina armados; el capitán Vere, de pie en su puesto, rodeado por todos los oficiales, comenzó a hablar a sus hombres. Al hacerlo, su comportamiento no fue ni más ni menos que el que correspondía a su suprema posición a bordo del buque. En términos claros y precisos, les narró lo que había sucedido en su cabina; que el maestro de armas estaba muerto y que quien

lo había matado había sido juzgado por un tribunal sumario y condenado a muerte; y que la ejecución tendría lugar en la guardia de la madrugada. No pronunció la palabra motín. También se abstuvo de hacer de la ocasión una oportunidad para exhortar al mantenimiento de la disciplina, quizá porque pensaba que, dadas las circunstancias por las que atravesaba la armada, la consecuencia de violar la disciplina debería saber hablar por sí misma.

El anuncio del capitán fue escuchado por la marinería allí de pie, con el mismo mudo silencio con que una congregación de creyentes sentados en el infierno escucharía la exposición del texto calvinista hecha por el pastor.

Sin embargo, al final se alzó un confuso murmullo. Aumentó su intensidad, pero, a una señal, fue traspasado y cortado por los agudos silbatos del contramaestre y sus ayudantes.

El cuerpo de Claggart fue entregado a algunos oficiales subalternos de su rancho para que lo prepararan para su sepultura. Y, para no interrumpir el relato con cuestiones accesorias, solamente que a una hora adecuada el cuerpo del maestro de armas fue entregado al mar con todos los honores funerarios correspondientes a su rango naval.

En este acto, como en cualquiera que fuese público y que surgiera de alguna tragedia, se observó una estricta adhesión a la costumbre naval. En ningún punto podría haberse apartado de ella, ni en el de Claggart ni en el de Billy Budd, sin engendrar indeseadas especulaciones entre los marineros y, más particularmente, marinos de guerra, que son siempre los más apegados a la costumbre. Por la misma razón, toda comunicación entre el capitán Vere y el condenado concluyó en la entrevista a solas que ya hemos relatado. Este último se hallaba sometido a la rutina preliminar del final. Su traslado, bajo guardia, desde los recintos del capitán se efectuó sin precauciones desacostumbradas, al menos ninguna visible. En todo buque de guerra, la norma tácita es, si es posible, no dejar que la tripulación suponga que la oficialidad espera nada malo de

ella. Y cuanto más se sabe realmente de algún tipo de desorden, más guardan los oficiales para sí sus temores, aunque se pueda aumentar la vigilancia de modo no ostentoso.

En el caso actual, el centinela encargado del prisionero tenía órdenes estrictas de no permitir que nadie más que el capellán hablase con él. Y se adoptaron ciertas medidas discretas para asegurar el cumplimiento de dichas órdenes.

XXIV

En un buque de los antiguos, con setenta y cuatro cañones, la cubierta conocida como la de batería superior era la que estaba debajo de la de guindaste, la cual si bien no carecía de armamento estaba expuesta a las inclemencias del tiempo. En general estaba siempre libre de hamacas; los de la tripulación solían colocarlas en la batería inferior y en la cubierta de camarotes, la que no era únicamente un dormitorio, sino, además, el lugar en que se apilaban las bolsas marineras y en donde a ambos lados se alineaban los grandes cajones o las despensas portátiles de los numerosos ranchos.

En el lado de estribor de la cubierta de batería superior del Bellipotent se encontraba custodiado Billy Budd, tendido y engrillado en uno de los espacios libres formados entre los cañones de baterías de cada borda. Todas estas piezas tenían el mayor calibre de la época. Montadas sobre cureñas de madera, estaban llenas de pesadas guarniciones de braguero y fuertes poleas laterales para poner sus bocas en posición de fuego. Los cañones y sus cureñas, además de las largas baquetas y los más cortos botafuegos, se aseguraban con lazos en lo alto; todos ellos, como de costumbre, estaban pintados de negro, y los pesados bragueros de cáñamo, teñidos de igual color, llevaban la misma librea de los funebreros. En contraste con el color mortuorio de este ambiente, la ropa del marinero tendido en el suelo, una casaca blanca y pantalón de loneta del mismo color, ambos más o menos manchados, brillaba débilmente en la oscura luz de aquel espacio como una mancha de nieve descolorida, que en los primeros días de abril persistiera sobre la negra boca de alguna caverna en las montañas. En realidad, el joven marinero ya está en su mortaja, o en la vestimenta que va a seguirle como tal. Sobre él, iluminándolo muy suavemente, dos faroles de combate oscilan colgados de dos enormes vigas de la cubierta superior. Alimentados con el aceite suministrado por los proveedores de

guerra —cuyas ganancias, honradas o no, en todas partes del mundo son una porción anticipada de la cosecha de la muerte—, lanzan titilantes destellos de una sucia luz amarillenta, que mancha el pálido brillo de la luna, luchando inútilmente por salir en forma de lunares a través de las troneras abiertas, de las que sobresalen los cañones con sus tapabocas. Otros fanales sirven a intervalos para destacar un poco los espacios libres más oscuros que, como pequeños confesionarios o capillas laterales de una catedral, se reparten a lo largo del ancho pasillo mortecino, entre las dos baterías de aquella protegida hilera.

Esa era la cubierta en donde ahora yacía El Marinero Apuesto. No había palidez que hubiera podido vencer el color sonrosado de su piel. Habrían sido necesarios muchos días de encierro, lejos de los vientos y del sol, para marchitar aquella joven lozanía. Pero el esqueleto comenzaba a dejarse ver delicadamente bajo el pómulo, en la punta de su ángulo, bajo la piel coloreada. En algunos corazones ardientes y reservados, algunas experiencias breves devoran sus tejidos humanos como el fuego secreto en la bodega de un barco consume el algodón en el fardo.

Pero ahora, acostado entre los dos cañones, como ateneado por el destino, la tensión de la agonía de Billy, que procedía principalmente de un corazón joven y generoso, virgen de la experiencia de toda encarnación diabólica que está presente en algunos hombres, había pasado ya. No sobrevivió al alivio que significó la entrevista a solas con el capitán Vere. Sin moverse, yacía como en trance, con esa expresión adolescente que antes se notaba en él, adoptando un aspecto semejante al de un niño dormido en la cuna, cuando el cálido brillo del hogar, en su silencioso dormitorio, bailotea sobre los hoyuelos que se forman misteriosamente en sus mejillas, y que en silencio aparecen y desaparecen. De vez en cuando, en el trance del encadenado se extendía por todo su rostro una luz serena y feliz, nacida de algún recuerdo o sueño vago, luz que luego se desvanecía para reaparecer.

El capellán, al venir a verlo y encontrarlo en ese estado y al observar que no daba muestra alguna de haberse percatado de su presencia allí, lo miró atentamente durante un rato y luego se apartó, alejándose por el momento, sintiendo, quizá, que incluso él, el ministro de Cristo, ni aun recibiendo su estipendio de Marte, encontraría un consuelo que ofrecer que pudiera superar aquella paz que contemplaba.

Pero a las pocas horas regresó. Y el prisionero ahora consciente de su entorno, notó su proximidad y lo saludó con cortesía, si no con alegría. No tenía, sin embargo, mayor sentido que el buen hombre intentara infundir en Billy Budd alguna especie de comprensión divina de que debía morir al amanecer. Ciertamente, Billy hacía mención franca de su muerte como algo próximo a llegar, pero era de la misma manera que los niños hacen referencia a la muerte en general, cuando entre otros juegos, se divierten con el de los funerales con carroza fúnebre y deudos.

No era que Billy fuese incapaz de comprender lo que realmente era la muerte, no; sino que carecía completamente de ese miedo irracional, miedo que prevalece en mayor medida en las comunidades altamente civilizadas que en aquellas llamadas bárbaras, las que en todos los sentidos se mantienen más cercanas a la verdadera naturaleza. Y como en alguna parte se dijo, Billy era fundamentalmente un bárbaro, parecido por sus costumbres a sus compatriotas, los cautivos británicos, trofeos vivientes obligados a marchar en el triunfo romano de Germánico. Lo mismo que los bárbaros de una época posterior, probablemente jóvenes ejemplares escogidos entre los primeros británicos conversos al cristianismo al menos nominalmente (que fueron llevados a Roma, al igual que pueden ser llevados a Londres los conversos de la actualidad, procedentes de las islas menores de los mares), y a los que el Papa de aquellos tiempos, admirando su extraña belleza, tan diferente del tipo italiano, con su piel blanca y rubicunda y sus rizos rubios exclamó “anglos”, queriendo significar “inglés” en el derivado moderno. “¿Los llaman Anglos? ¿Es acaso esto

porque se parecen tanto a los ángeles?”. Si esto hubiese ocurrido después, uno hubiera podido pensar que el Papa estaba pensando en los serafines de Fra Angelico, algunos de los cuales, mientras recogen manzanas en los jardines de las Hespérides, tienen la suave tez rosada de las muchachas inglesas más hermosas.

Si el capellán intentó en vano impresionar al joven bárbaro con ideas sobre la muerte similares a las que comunican la cabeza y las tibias cruzadas en las viejas tumbas, fueron igualmente fútiles sus esfuerzos por acercarlo a las ideas de la salvación y de un Salvador. Billy escuchaba, pero menos por temor o reverencia, quizá, que por cierta cortesía natural; indudablemente, en el fondo, consideraba todo del modo que casi todos los marineros de su clase toman cualquier discurso abstracto o fuera del tono común con respecto al mundo cotidiano. Y esta forma marinera de tomar el discurso clerical no es del todo diferente a la manera en que el silabario del cristianismo, lleno de milagros trascendentes, fue recibido, hace tiempo, en las islas tropicales por cualquier “bárbaro” superior, digamos un tahitiano de la época del capitán Cook o un poco después: lo recibía por cortesía natural, pero no lo hacía suyo. Era como un regalo colocado en la palma de una mano extendida, sobre el cual los dedos no se cierran.

Pero el capellán del Bellipotent era un hombre discreto, poseedor del buen sentido de un buen corazón. Por ello no insistió allí en su vocación.

A petición del capitán Vere, un teniente le había contado casi todo lo referente a Billy; y dado que sentía que la inocencia es mejor que la propia religión para pasar al Juicio Final, con cierta renuencia, lo dejó solo; sin embargo, en su emoción, realizó un acto bastante extraño para un inglés, y todavía más para un pastor regular en tales circunstancias. Se inclinó y besó la hermosa mejilla del muchacho felón según la ley marcial, que, a las puertas de la muerte, él sabía que no podría convertir a ningún dogma. Pero no por ello temía por su futuro.

No es de extrañar que, habiendo conocido la inocencia esencial del joven marinero, el buen hombre no levantara ni un dedo para evitar el trágico destino de ese mártir de la disciplina marcial. No sólo hubiese sido completamente inútil, sino que hubiese constituido una audaz transgresión a los límites de sus funciones, que están prescritas por la ley militar con la misma exactitud que las del timonel o cualquier otro oficial naval. Lisa y llanamente, un capellán es el ministro del Príncipe de la Paz, de servicio en las huestes del Dios de la Guerra, Marte. Como tal, es tan incongruente como es un mosquete en un altar de Navidad. ¿Por qué, entonces, está allí? Porque indirectamente sirve al objetivo de que da fe el cañón; porque también ofrece la sanción de la religión de los humildes a lo que es la abrogación de todo menos de la fuerza bruta.

XXV

Aquella noche tan luminosa en la cubierta de guindaste — y, sin embargo, tan distinta en las cavernas situadas más abajo, parecidas a los niveles de las alineadas galerías de una mina de carbón—, esa noche luminosa llegó a su fin. Como el profeta que desaparece en el cielo montado en su carroza y deja caer su capa a Elíseo, la noche fugitiva cedió su pálida túnica al rompimiento del día. Una débil y tímida luz apareció en el este, donde extendió un diáfano vellón de un vapor surcado de blanco. Aquella luz creció lentamente. De repente, una campana sonó a popa y a esa campana respondió otra más fuerte y metálica, a proa. Eran las cuatro de la madrugada. De inmediato, se escucharon los argentinos silbatos convocando a todo el mundo a asistir al castigo. A través de la gran escotilla rodeada de armeros de proyectiles pesados, ascendió la guardia de abajo, desparramándose junto con los de la cubierta en el espacio entre el palo mayor y el trinquete, incluyendo aquel ocupado por la lancha y los negros botalones alineados a los costados de ella. La lancha y los botalones servían de cima de observación para los muchachos encargados de la pólvora y para los marineros más jóvenes. Otro grupo diferente, compuesto por una guardia de encargados de cofas, se inclinaba por encima del borde de la baranda de ese balcón marino — bastante grande en el de los setenta y cuatro cañones—, mirando hacia abajo a los otros. Hombres o muchachos, ninguno hablaba sino en susurros y muy pocos eran quienes lo hacían. El capitán Vere, como antes, era la figura central entre los suboficiales reunidos. Estaba de pie en lo alto del borde del castillo de proa mirando hacia adelante. Debajo de él, justo sobre el alcázar los infantes de marina, completamente equipados, estaban formados de la misma manera que cuando se anunciara la sentencia.

En los viejos tiempos, la ejecución mediante la horca de un marinero de guerra se hacía generalmente desde el penol.

En el caso nuestro, por razones especiales, el lugar asignado fue la verga mayor. El prisionero fue llevado en ese momento bajo uno de los brazos de dicho palo, asistido por el capellán. Se observó en ese mismo instante y se comentó después, que en esa escena final el buen hombre no se mostró para nada superficial. El había tenido una breve conversación con el condenado, pero el Evangelio se manifestaba más en su aspecto y su comportamiento hacia él que en su lengua. Los preparativos finales de este último fueron llevados a cabo con rapidez por dos ayudantes del contramaestre. Se aproximaba la consumación, Billy estaba de pie, mirando a popa; en el penúltimo momento, sus palabras, las únicas palabras libres totalmente de tartamudeo, fueron: “Dios bendiga al capitán Vere”; palabras verdaderamente inesperadas, provenientes de un hombre con la ignominiosa cuerda de la horca alrededor del cuello; una bendición convencional de un felón, dirigida a popa, hacia los cuarteles de honor; palabras pronunciadas con la clara melodía de un pájaro cantor a punto de desprenderse de una rama, esas sílabas tuvieron un efecto fenomenal, subrayado por la extraña belleza personal del joven marinero ahora espiritualizada por las últimas experiencias tan conmovedoramente profundas.

Sin querer, como si de verdad la multitud a bordo fuera el vehículo de alguna corriente eléctrica vocal, con una sola voz de proa a popa, respondió un eco resonante de simpatía: “Dios bendiga al capitán Vere”; y, sin embargo en ese mismo instante sólo Billy debe de haber estado en sus corazones, como lo estaba en sus ojos. Ante aquellas palabras y el espontáneo eco que voluminosamente respondió a ellas, el capitán Vere, ya sea por su estoico dominio de sí mismo o por una suerte de parálisis momentánea, provocada por el impacto emocional, se quedó rígido como un mosquete en el armario del buque.

El casco, que lentamente se iba recuperando del bandazo periódico a sotavento, estaba volviendo a la posición vertical, cuando se dio la última señal: silenciosa, preconcertada. Suce-

dió que en el mismo momento el vellón vaporoso que colgaba a poca altura en el este fue atravesado por un rayo de luz con suave gloria, como el vellón del Cordero de Dios visto en visión mística, y, simultáneamente, ante los ojos atentos de una apretada masa de caras levantadas, Billy ascendió, y al subir, quedó envuelto por el resplandor rosado del alba.

En la figura maniatada, que había llegado al final de la verga, para sorpresa de todos no se vio movimiento alguno, salvo aquel creado por el lento cabeceo del barco, tan majestuoso en un barco tan grande y de cañones tan pesados.

XXVI

Cuando días más tarde, en referencia a esa singularidad que se acaba de mencionar, el contador del barco, individuo vigoroso y regordete, más exacto como contador que profundo como filósofo, le dijo en el rancho al médico: “¡Qué testimonio de poder albergado en la fuerza de voluntad!”, este último, taciturno, enjuto y alto, en quien una discreta causticidad corría pareja con unos modales más amables que complacientes, replicó:

–Perdón, señor contador; en un ahorcamiento científicamente ejecutado como el de Budd, y que yo mismo, bajo órdenes especiales, fue quien decidió cómo debía hacerse, cualquier movimiento siguiente a la suspensión completa, y originada en el cuerpo colgado, indica un espasmo mecánico en el sistema muscular. Por tanto, la ausencia de tal movimiento no es menos atribuible a la fuerza de voluntad, como usted la llama, que a un caballo de fuerza..., con perdón suyo.

–Pero este espasmo muscular del que usted habla, ¿no es más o menos invariable en estos casos?

–Sin duda es así, señor contador.

–¿Cómo, entonces, justifica usted, mi buen señor, su ausencia en este caso?

–Señor contador, es evidente que su sentido de lo singular en este asunto no es igual al mío. Usted se lo explica por lo que denomina fuerza de voluntad, término que todavía no ha sido incluido en el diccionario de la ciencia. En lo que a mí respecta, con mis actuales conocimientos, no me lo explico en absoluto. Incluso si se aceptara la hipótesis de que al primer contacto con la driza, el movimiento del corazón de Budd, intensificado por la extraordinaria emoción en el clímax, se detuvo bruscamente del mismo modo que un reloj al que se le da cuerda con negligencia, se fuerza y al final, se corta, incluso bajo esta hipótesis, ¿cómo se explicaría el fenómeno que siguió después?

–Entonces usted admite que la ausencia del movimiento espasmódico fue extraordinaria.

–Claro que fue extraordinaria, señor contador, pero en el sentido de que fue un fenómeno cuya causa no puede discernirse de inmediato.

–Pero dígame, mi querido señor –continuó el otro insistentemente–, ¿la muerte de ese hombre fue causada por el dogal o fue una especie de eutanasia?

–La eutanasia, señor contador, es algo así como su fuerza de voluntad. Dudo de su autenticidad como término científico; le ruego me perdone nuevamente. Es a la vez imaginativo y metafísico; en otras palabras, griego.

Y cambiando bruscamente de tono, dijo:

–Hay un caso en la sala de enfermos que no quisiera dejar a mis ayudantes. Le ruego me perdone, pero debo retirarme.

Y levantándose formalmente de la mesa, se alejó.

XXVII

El silencio en el momento de la ejecución y el que siguió después, un silencio sólo subrayado por el golpe regular del agua contra el casco o el aleteo de la vela, debido a que los ojos del timonel se habían desviado hacia otra parte, este enfático silencio se vio gradualmente interrumpido por un sonido difícil de describir con palabras. Quienquiera que haya oído la avenida de un torrente crecido repentinamente por los chubascos en las montañas tropicales, chubascos que no han caído sobre los llanos; quienquiera que haya escuchado el primer murmullo sordo de su enlodado avance a través de los bosques escarpados, puede formarse alguna idea de lo que fue el sonido que entonces se oyó. La aparente lejanía de su punto de origen se debió a que era un murmullo no distinguible claramente, pues provenía de muy cerca, incluso de los hombres apretujados en la cubierta abierta del barco. Por ser inarticulado, su significado resultaba dudoso y parecía indicar alguna caprichosa aversión repentina del pensamiento o el sentimiento, como las que manifiestan las turbas en tierra. En el caso actual, quizás implicara una malhumorada revocación de parte de los hombres de su involuntario eco a la bendición de Billy. Pero antes de que el murmullo tuviera tiempo para transformarse en clamor, le salió al paso una orden estratégica, que se produjo con inesperada brusquedad:

—Dé orden de descanso a la guardia de estribor, contra-maestre, y preocúpese de que se vayan.

Agudos como los chillidos del halcón marino, los pitazos argentinos del contra-maestre y de sus ayudantes perforaron ese ominoso y bajo sonido, disipándolo y, cediendo al mecanismo de la disciplina, la multitud quedó reducida a la mitad. Los demás fueron asignados a tareas temporales, relacionadas con el ajuste de las vergas, etcétera, trabajos que eran fácilmente realizables por cualquiera de los oficiales de cubierta.

Ahora bien, todo el procedimiento que sigue a una sentencia de muerte dictada a bordo por un consejo de guerra se caracteriza por una imperceptible prontitud rayana en el apuro. La hamaca, la que había sido de Billy en vida, ya había sido lastrada con municiones y preparada para servirle de ataúd de tela. Rápidamente quedaron completados los últimos oficios de los encargados de los funerales en el mar: los ayudantes del velero.

Cuando todo estuvo listo, se hizo un segundo llamado a la tripulación, el que fue necesario por el movimiento estratégico antes mencionado, para que presenciara el funeral.

No es preciso dar detalles de esta formalidad final. Pero cuando la plancha inclinada dejó deslizar su carga al mar, se escuchó un segundo y extraño murmullo humano, mezclado esta vez con otro sonido inarticulado proveniente de algunas grandes aves marinas, cuya atención había sido atraída por la peculiar conmoción de las aguas debido a la pesada y angulada zambullida de la lastrada hamaca en el mar, que volaron chillando hacia ese punto. Se acercaron tanto al casco que se pudo oír el huesudo crujido o estridor de sus descarnadas alas biarticuladas. Y cuando el barco se alejó, impulsado por el viento suave, dejando el lugar de la sepultura a popa, siguieron girando en círculos muy bajos, con la sombra móvil de sus alas extendidas y el estruendoso réquiem de sus gritos.

Para marineros tan supersticiosos como eran aquellos que precedieron a nuestra época, marinos de guerra que también habían acabado de contemplar el prodigio del reposo en la forma suspendida en los aires y ahora fondeada en las profundidades, para esos marineros la acción de las aves marinas, aunque dictada por la simple voracidad animal ante la presa, estaba preñada de un significado para nada trivial. Se produjo entre ellos un movimiento de incertidumbre durante el cual se sobrepasaron los límites y que fue tolerado sólo un momento. De repente, el tambor llamó a las aletas. Su familiar sonido, que se escuchaba al menos dos veces al día, tuvo en esta ocasión un cierto carácter de parentoriedad. La verdadera disci-

plina marcial, mantenida durante largo tiempo, impone al hombre común y corriente una especie de impulso, cuya puesta en marcha por el tono oficial de mando se parece muchísimo, en su rapidez, al efecto de un instinto.

El redoble del tambor disolvió la multitud, distribuyendo a la mayoría por las baterías de las dos cubiertas enlutadas. Allí, como de costumbre, estaban de pie, silenciosos ante sus respectivos cañones. A su debido momento, el oficial primero, espada bajo el brazo y de pie en su lugar en el alcázar, recibió formalmente los sucesivos informes de los tenientes con espadas a cargo de las secciones de las baterías inferiores. Una vez terminado el último informe, hizo entrega de ellos al comandante con el saludo acostumbrado. Todo esto exigía tiempo, pero en el caso presente significó el retorno a las aletas a una hora anterior a la habitual. El que este cambio de la costumbre fuera autorizado por el capitán Vere, a quien muchos consideraban un ordenancista, era prueba de la necesidad de una acción poco corriente implicada en lo que consideraba un estado de ánimo pasajero entre sus hombres: “Para la humanidad”, diría, “las formas, las formas precisas lo son todo; y ése es el sentido oculto en la historia de Orfeo, con su lira, fascinando a los habitantes salvajes de los bosques”. Y esto lo aplicó a la ruptura de las formas producida al cruzar el Canal y a las consecuencias de allí derivadas.

En esta desusada reunión en las aletas todo sucedió de igual modo que a la hora normal. La banda en el alcázar tocó un aire sacro, luego del cual el capellán ofreció el acostumbrado servicio matinal. Finalizado éste, el tambor tocó la retirada, y bajo la música y los ritos religiosos subordinados a la disciplina y al objetivo guerrero, los hombres se dispersaron ordenadamente a los lugares que les habían asignado cuando no estaban en los cañones.

Ya era pleno día. Se había desvanecido el vellón de vapor bajo, lamido por ese sol que lo había glorificado. Y el aire circundante, en la claridad de su serenidad, era como el blanco y

liso mármol en el bloque pulido que aún no ha sido retirado del patio del marmolista.

XXVIII

La simetría de la forma, alcanzable en la ficción pura, no se consigue tan fácilmente en una narración que esencialmente tiene que ver menos con la fábula que con la realidad. La verdad contada de modo inflexible tendrá siempre sus lados escabrosos; de allí que la conclusión de ese tipo de narración sea menos acabada que la de un florón arquitectónico.

Se ha contado fielmente lo que sucedió con El Marinero Apuesto durante el año del Gran Motín. Pero, si bien la historia termina junto con su vida, no estaría fuera de lugar agregar algo a modo de continuación. Tres breves capítulos serán suficientes.

En el rebautizo general realizado durante el Directorio a los buques que originalmente formaban la armada de la monarquía francesa, el barco de primera línea de batalla llamado St. Louis se convirtió en el Ateo. Ese nombre, como muchos otros substituidos en la flota revolucionaria, proclamando la infiel audacia del poder gobernante, era, sin embargo, aunque no se lo propusiera, el nombre más adecuado que jamás haya podido dársele a barco de guerra alguno, mucho más apropiado que el de Devastación, Infierno y otros nombres similares puestos a barcos de combate.

Al retomar para unirse con toda la flota inglesa desde su crucero separado y en el cual ocurrieron los hechos que acaban de narrarse, el Bellipotent trabó combate con el Ateo. Durante el mismo, el capitán Vere, al querer colocar su navío borda con borda del enemigo para lanzar a sus abordadores, fue herido por una bala de mosquete disparada desde la tronera de la cabina principal del enemigo. Malherido, cayó sobre cubierta y fue transportado al mismo lugar de la parte baja de la popa donde yacían algunos de sus hombres. El teniente de mayor edad asumió el mando. A sus órdenes, el enemigo fue finalmente capturado. Aunque el barco quedó muy mal parado, quiso la buena suerte que pudiera llegar con éxito a Gi-

braltar, un puerto inglés no muy distante del escenario de la lucha. Allí fue desembarcado el capitán Vere junto con los demás heridos. Sobrevivió algunos días, pero el final fatalmente llegó. Desgraciadamente su vida fue segada demasiado pronto para el Nilo y Trafalgar. El espíritu que, a pesar de su austeridad filosófica, podría haber cedido aún a la más secreta de las pasiones, la ambición, jamás alcanzó la plenitud de la fama.

Poco antes de morir, mientras yacía bajo la influencia de aquellas drogas mágicas que, junto con aliviar al cuerpo actuaban misteriosamente en el elemento más sutil del hombre, se le oyó murmurar palabras inexplicables para quien lo asistía:

—¡Billy Budd, Billy Budd!

Que estas palabras no eran manifestación de su remordimiento se desprende claramente de lo que el enfermero le contó al oficial mayor de los infantes de marina, quien por haber sido de todos los miembros del tribunal sumario el más renuente a condenar al joven, sabía demasiado bien, aunque se reservó para sí ese conocimiento, quién era Billy Budd.

XXIX

Algunas semanas después de la ejecución, entre otros temas tratados bajo el título principal de Novedades del Mediterráneo, apareció en una crónica naval de la época, publicación semanal autorizada, un artículo sobre el asunto. Sin duda, en su mayor parte, había sido escrito de buena fe, aunque el vehículo de información —en alguna medida, el rumor a través del cual había llegado el conocimiento de los hechos al autor, había contribuido a distorsionarlos o falsearlos por completo.

El texto fue el siguiente:

“El día diez del mes pasado un hecho deplorable tuvo lugar a bordo del *Bellipotent*. John Claggart, maestro de armas del buque, al descubrir que una especie de complot incipiente se estaba tramando en una de las secciones inferiores de la compañía del barco, y que el cabecilla era un tal William Budd, él, Claggart, fue en el acto de hacer comparecer a este último ante el capitán, vengativamente acuchillado en el corazón mediante una navaja sacada repentinamente por Budd.

“La acción y el implemento usado indican suficientemente que aunque enrolado en el servicio bajo nombre inglés, el asesino no era tal, sino uno de esos extranjeros que adoptan apellidos ingleses, y que, dadas las actuales necesidades extraordinarias del servicio, éste se ve obligado a admitirlos en gran número.

“La enormidad del crimen y la extrema depravación del criminal se hacen aun mayores si se toman en cuenta las características de la víctima: hombre de edad mediana, respetable y discreto, perteneciente a ese grado de oficial menor, los oficiales subalternos sobre los cuales, como nadie sabe mejor que los caballeros de la oficialidad, la eficiencia de la armada de Su Majestad depende tan grandemente. Su función era de gran responsabilidad, onerosa e ingrata, y su fidelidad para con ella, de las mayores, debido a su fuerte impulso patriótico. En este caso, como en muchos otros en estos días, el carácter

del infortunado refuta claramente, si esa refutación fuese necesaria, la displicente expresión del fallecido Dr. Johnson de que el patriotismo es el último refugio de los pícaros.

“El criminal pagó su crimen con la vida. La rapidez en el castigo demostró ser saludable. Nada fuera de lo normal sucede a bordo del Bellipotent.”

Este texto apareció en una publicación ahora hace ya mucho desaparecida y olvidada y es todo lo que ha quedado en el registro humano para testimoniar qué clase de hombres eran John Claggart y Billy Budd, respectivamente.

XXX

Todo es venerado por algún tiempo en los navíos. Cualquier objeto tangible asociado con algún incidente sorprendente ocurrido en el servicio se convierte en monumento. La verga en la cual el encargado de la cofa de trinquete fue colgado resultó venerada por los marineros durante algunos años. Este sentimiento pasó del barco a los astilleros y de éstos nuevamente al barco, hasta que este último quedó convertido en maderos flotantes. Para ellos una astilla de ese palo era como una pieza de la Cruz. Aunque ignoraban cuáles eran los secretos de la tragedia y aunque pensaban que la penalidad infligida era, desde el punto de vista naval, de alguna manera inevitable, sentían, instintivamente, que Billy era la clase de hombre incapaz de amotinarse o asesinar a mansalva. Recordaban la imagen lozana del joven Marinero Apuesto, ese rostro jamás deformado por una expresión de burla o por un rasgo de vileza sutil anidado en su corazón. Esta impresión de él se profundizó por el hecho de que había muerto y, en cierta medida, de un modo misterioso.

En las cubiertas de batería del Bellipotent la apreciación general de su naturaleza y de su inconsciente sencillez terminaron por encontrar ruda expresión en otro encargado de la cofa de trinquete, uno de su propia guardia, dotado, como algunos marineros lo están, de un natural temperamento poético. Su mano alquitranada escribió algunas líneas que, luego de circular entre las tripulaciones del barco durante algún tiempo, fueron finalmente impresas, de una manera tosca, en forma de balada, en Portsmouth. Su título fue el que le dio el propio marinero.